

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

SUMARIO.

D. Carlos de Borbon y de Este: su historia, su retrato, su carácter, su vida, sus costumbres, etc. (continuación): por X.—Confesiones, por D. A. J. de Vildósola.—Dios y España, por D. D. Hevia.—La Iglesia es santa, con toda la santidad de Dios, por Fr. Luis Godínez.—Estudios económico-sociales: la economía política y el catolicismo (continuación), por el P. D.—Virginia, ó Roma en tiempo de Neron: novela escrita en francés por Villefranche, y traducida por D. Francisco Melgar (continuación).—Revista de la semana.—Correspondencia extranjera.—Crónica del Concilio.—Suelto.

D. CÁRLOS DE BORBON Y DE ESTE.

SU HISTORIA.—SU RETRATO.—SU CARÁCTER.—SU VIDA.—SUS COSTUMBRES, ETC.

VIII.

Unidos D. Carlos y doña Margarita con el santo lazo del matrimonio, fueron á pasar los ocho meses primeros de su nueva vida á Ebnzureyer, en la alta Austria, desde donde hubieron de trasladarse en diciembre de aquel año (1867) á la ciudad de Gratz, en medio de una sociedad distinguidísima y de una naturaleza fecunda y pintoresca.

Allí comenzó ya D. Carlos á entregarse totalmente á los asuntos de España, de este país que era el sueño de toda su vida.

Puede decirse que desde aquel momento D. Carlos vivió en España, no solo porque su pensamiento estaba fijo aquí, sino porque casi todos los que le rodeaban eran españoles, y porque con mucha frecuencia recibía las visitas de gran número de fieles adictos á la causa, y cartas de personajes importantes, á quienes D. Carlos no sabia siempre cómo contestar, por serle entonces desconocidos, y no pertenecer á la gran agrupación católico-monárquica.

La vida de D. Carlos en aquel país era por extremo sencilla, pero muy propia de un príncipe que, hijo de la desgracia, tiene el propósito firme de combatirla, y no el de entregarse á la disipación y á la molición, como suelen los que desde el momento de nacer ven sonreír á la fortuna, y reciben profusamente sus mas esquisitos y codiciados favores.

D. Carlos repartía su tiempo en estudiar la historia de los héroes españoles, en despachar la correspondencia que mantenía con España, y en montar á caballo.

La historia de Pelayo, del Cid, de Jaime el Conquistador, de Gonzalo de Córdoba, de Paredes y otros, enardecía la joven imaginación del príncipe, y le hacia soñar en proezas semejantes, en la gloria que se alcanza defendiendo con la punta de la espada los santos fueros de la justicia y de la verdad.

No sé si fue entonces, al calor de ese entusiasmo que se apoderó de su alma, cuando se puso á escribir una historia de D. Jaime el Conquistador, habiendo llegado á reunir documentos muy curiosos respecto de este gran monarca.

Con tales ideas, propias para alimentar en su ardiente corazón los sentimientos de grandeza, de ambición noble y de gloria, D. Carlos salía muchas mañanas de su casa, montaba á caballo, y, seguido de un gentil-hombre, se lanzaba á galope por entre aquellos espesos bosques que bordan las faldas de los montes de Gratz.

Su mayor dicha era correr, correr sin tino, saltando matorrales, atravesando barrancos, trasponiendo colinas, como si al otro lado de los rios, montes y selvas que cruzaba hubiese ido á encontrar el campo hermoso de la patria, y en ese campo un pueblo entero, aclamando con frenesí al Rey y al héroe, y dispuesto á seguirle hasta conquistar tierras lejanas, y clavar allí el glorioso y cristiano pendon de Castilla.

Cuando la sangre hierve en las venas, y en el corazón bulle un gran deseo, el mundo parece pequeño, y se busca un horizonte inmenso con un campo sin montañas y un cielo sin nubes. Parece que el corazón desea entonces la inmensidad, lo infinito... Ahoga el aire que se respira: molesta el peso de la atmósfera... Quiere el alma atravesar la muralla azul que se interpone en el horizonte, y no puede, y entonces es cuando esclama con el poeta:

¡Un caballo, un caballo! Campo abierto,
Y déjame frenético correr.

D. Carlos, en tales momentos, embriagado con ese vapor del deseo indefinible, de la aspiración informe, del entusiasmo que apenas tiene objeto, espoleaba su caballo, y corria, y saltaba, y pedía al viento las voces de la guerra, y á su caballo la celeridad del relámpago.

Algunas veces pasaba casi todo el día en esta operación, y al caer la noche, galopando siempre por entre las sombras, como si el sol brillase en todo su esplendor, volvía á casa fatigado, pero no cansado, dispuesto á repetir incesantemente las mismas delirantes correrías.

El amor de la gloria había conquistado por completo su alma fogosa, y ya no había poder humano que le contuviese en este camino.

La gloria militar es como la gloria artística; un delirio del corazón que lo consume hasta que el triunfo lo satisface.

IX.

Hizo en aquella época D. Carlos varios viajes á Paris y Londres para consultar á muchos españoles acerca de la situación de nuestro país.

De alguno de estos viajes podía decir algo más de un progresista importante, y podía decirlo sin que en nada se rebajara su reputación política,—debo advertirlo así para honra de la verdad.

Otro de estos viajes, y sin duda alguna el más importante, fue el de 20 de julio de 1868, de que ya he hablado al comienzo de mis apuntes.

En 7 de setiembre de aquel año, vuelto D. Carlos al lado de su augusta esposa, quiso Dios bendecir este felicísimo matrimonio dándole una hija, á quien se bautizó con el nombre de Blanca, siendo sus padrinos el Sr. Duque de Módena, tío carnal de D. Carlos, y la señora doña María Teresa de Borbon y Braganza, viuda de D. Carlos V.

Pocos días después estallaba en Cádiz la revolución de setiembre, y D. Carlos, dejando á su augusta esposa é hija, se trasladó á Paris, donde D. Juan de Borbon renunció los derechos que le asistían á la Corona de España en favor de su augusto hijo, el cual inmediatamente lo participó en una nota diplomática á los gabinetes europeos.

Vista la marcha de los acontecimientos, D. Carlos determinó fijar su residencia en Paris, y llamó á su lado á su augusta esposa é hija.

Allí, en Paris, en un modesto piso principal de la calle de Chauveau-Lagarde, inmediata al *boulevard* Malesherbes y á la célebre iglesia de la Magdalena, se instalaron los dos ilustres jóvenes en quienes España cifra sus más risueñas esperanzas. Allí acudieron á rendir homenaje á la majestad legítima miles y miles de españoles, separados en otro tiempo por la diversidad de las opiniones, y hoy unidos en un mismo sentimiento, el del patriotismo, que exige la cooperación de todos los hombres honrados para levantar sobre las ruinas del Trono constitucional, ignominiosamente derrocado, el Trono cristiano, representante verdadero de la autoridad legítima, poseedor del poder íntegro y amparador de la libertad del pueblo, tiranizado y explotado por las fracciones

liberales, por mayorías vendidas y por ministerios corruptores y corrompidos.

En los salones de Chauveau-Lagarde se oía con frecuencia pronunciar nombres de nuevos adictos á la causa, que en otro tiempo simbolizaban el odio al carlismo. Descendientes de personajes célebres que combatieron sin tregua las huestes de D. Carlos V, doblaban ahora su rodilla en señal de sumisión ante la majestad de D. Carlos VII, como queriendo demostrar que los hijos no heredaban ni los rencores ni las preocupaciones de los padres.

Para los antiguos carlistas, avezados á ver en ciertos nombres poco menos que el símbolo del liberalismo, era este un espectáculo extraño que los dejaba mudos de admiración.

Desde el triunfo de la revolución en Madrid hasta la fecha, ha ido creciendo de una manera prodigiosa el número de los afiliados bajo la bandera de D. Carlos, que acuden en busca de orden y paz, estas dos condiciones indispensables en la vida de todo pueblo, que el liberalismo no ha podido dar nunca.

¡Quiera el cielo que pronto veamos á España, bajo la sombra benéfica de la paz y del orden, desarrollar los grandes gérmenes de riqueza y prosperidad que su seno contiene!

X.

D. Carlos de Borbon es de una estatura extraordinaria.

Jóven y todo como es, su presencia, llena de noble majestad, inspira respeto hasta á los ancianos.

Nótanse en su cuerpo las líneas delicadas y elegantes del aristócrata, junto con las formas robustas del atleta.

A pesar de su nada común estatura, su espalda es recta, su pecho saliente, su cabeza elevada, como quien ha nacido para mandar.

No hay una sola de las personas que le han visto, aun las más prevenidas en contra, que al cabo de cinco minutos de conversación no se haya sentido atraída, subyugada, y, si es lícito decirlo así, enamorada de D. Carlos.

Es difícil decir en qué consiste esta atracción que D. Carlos ejerce en los que le tratan. No depende de una sola cualidad, sino de un conjunto de cualidades indescriptibles.

Por de pronto es un hombre hermoso. Sus ojos son negros, grandes y rasgados. Hay en ellos la serenidad y confianza de una alma todavía inesperta, y la firmeza y el fuego de un corazón jóven para quien el peligro y la contrariedad son su vida propia.

Su nariz griega y un poco elevada, como la postura habitual de su cabeza, descubre el carácter del Rey que *reina y gobierna* y da á su autoridad todo el valor que naturalmente tiene.

Su frente es despejada, ancha y perfecta, un poco

inclinada hácia atrás en la parte superior, y adornada por una cabellera negra como el ébano, abundante y sedosa.

La boca es lo menos bello de su rostro. Los labios son gruesos, y el inferior con tendencia á caerse. Este defecto proviene sin duda del abultamiento de las encías ó de la forma algo saliente de la parte anterior de las mandíbulas.

El bigote y la perilla, aunque no muy poblados todavía, disimulan bastante este defecto, y dan á su rostro un aspecto completamente militar.

Su trato es lo mas sencillo y afable que puede darse. Enemigo de la etiqueta, goza en la familiaridad con todo el mundo.

Jugueton con sus gentiles hombres y con las personas de su confianza, es grave y serio como un hombre de cincuenta años, cuando se trata de negocios.

Detesta la mentira con especial aborrecimiento, como cosa que envilece la dignidad humana.

Lleva la caballerosidad hasta un punto quizás exagerado. Si el triunfo de su causa dependiera de una palabra suya, revelando algo poco favorable á sus enemigos, perderia su causa antes que pronunciar esa palabra, aun cuando él no hubiera prometido solemnemente el silencio.

Si cree que ha faltado á alguien, no vive ni sosiega hasta que no le satisface por completo.

Su mayor pesar es saber que hay quien está descontento de su persona.

No gusta de sentarse en butacas: siempre elige la silla mas dura.

Cuida poco de su porte, y lleva el peinado mas sencillo, porque le parece feo perder el tiempo en la *toilette*, como las mujeres.

Pocas veces va en carruaje. A caballo siempre, y siempre á galope, segun ya he dicho.

No repara en lo que come, ni sabe ni le importa saber el nombre de los diferentes guisos que le presentan. Jamás tiene ningun reparo que poner.

Fuma mucho, y con el mismo placer fuma un cigarro de dos *sous* que un cigarro de dos francos.

Cuando tiene un proyecto, lo consulta con todos, y luego sigue el parecer que cree mas conveniente; pero con una entereza tal, que no retrocede ante ningun obstáculo.

¡Cuántas veces le he visto sonreír y bromear en medio de las mas duras contrariedades!

Tiene una máxima que revela la firmeza de su carácter. «Mas vale, dice, equivocarse hasta el fin y hasta la última consecuencia, que no acertar por debilidad ó falta de decision.» Para esto se funda en que los errores pueden repararse; pero lo que se ha dejado de hacer por debilidad, es irreparable.

Su voluntad es de hierro, como su brazo.

Su inteligencia es serena y perspicaz. En todas

las cuestiones da en seguida con el punto de la dificultad.

Es humilde y respetuoso ante los hombres eminentes; pero cree que no son los sabios los que mejor gobiernan un pueblo.

Aprecia mas la honradez que la ciencia, y el corazon mas que la cabeza.

Tiene la costumbre de escuchar con atencion profunda. A veces se hace el distraido, y luego emite su parecer con admirable acierto y sin perder un detalle de la cuestion que se ha ventilado.

(Concluirá.)

X....



CONFESIONES.

I.

Siempre hemos creído, siempre hemos proclamado que la comunión carlista, por el principio que sostenía, que es la verdad y es el derecho, por su estructura, digámoslo así, por la fuerza que le daba la tradición, no solo en cuanto á la esencia de las cosas, sino además en cuanto á las personas, pues que las daba la hidalguía, la fortaleza y el heroísmo, proverbiales en los hijos de España y atestiguadas en su gloriosísima é incomparable historia, concentraba en sí todas las fuerzas vivas del país, y no era dado, ni á los hombres ni á los acontecimientos, el destruirla y aniquilarla. Y aun hemos creído y proclamado con la misma constancia que la comunión carlista, en un día que necesariamente había de llegar, porque lo traía la lógica, después de haber sido rémora invencible para los planes anticatólicos y antimonárquicos de los revolucionarios disfrazados de católicos y de realistas, se sobrepondría á todo, desbordaría en todas partes, y de todos modos salvaría á la patria de la anarquía y del desquiciamiento social que inevitablemente producirían los que habían de concluir, como ya hoy lo vemos, con la independencia y aun con el nombre de España.

¿Nos hemos equivocado? No tenemos nosotros que decirlo ni que probarlo. Por nosotros lo dicen y lo prueban nuestros adversarios, y no tenemos que hacer sino recoger sus confesiones.

II.

Todos recuerdan lo que pasó con los partidos ultraliberales después de las intentonas del 3 de enero de 1866 y del 22 de junio del mismo año: los progresistas, como los demócratas, quedaron en cuadro, y ahí está lo que hoy dicen sus periódicos para demostrarlo. En menos de dos años, por dos fracasos que ni siquiera habían recaído sobre ellos, porque habían buscado el triunfo fuera de sí en insurrecciones militares, el progresismo y la democracia no tenían fuerza ninguna, nada podían hacer por sí mismos; y de durar un año mas su desgracia; de no haber encontrado en su camino el amor propio de los marinos y la ambición de los unionistas, ya para esta fecha no existirían.

Por otra parte, se está viendo lo que hoy pasa con el

partido moderado, que apenas hace diez meses cayó del poder, y que está reducido á un grupo de tres docenas de ex-ministros que en nada están conformes, y que poco á poco se inclinan á fundirse con los menos furibundos de los revolucionarios de Cádiz.

Pues mientras esto sucede con todos los partidos liberales, atiéndase á lo que ha sucedido con la comunión carlista: á pesar de la traición de Vergara en 1839; á pesar de las traiciones de Cataluña en 1848; á pesar de lo del 55; á pesar de lo de la Rápita; á pesar de todo, jamás ha perdido su fuerza, y mil veces los mismos que la daban por muerta y enterrada, han tenido que contradecirse y reconocer que, al contrario, la comunión carlista se mantenía incólume, y en un momento dado podía presentarse pujante.

III.

Y eso ha sucedido, y eso sucede hoy.

El 30 de setiembre; el día del triunfo de la Revolución; cuando la Revolución imperaba en términos de que toda contradicción era un peligro, los carlistas no quisieron ocultar sus sentimientos, y el día 2 de octubre la persona que escribe estas líneas, después de hablar respetuosamente de la infanta Isabel, á quien daba ese título, dijo resueltamente que era católico como antes, dispuesto á dar toda su sangre por el catolicismo, y que era monárquico como siempre lo había sido, monárquico de la única monarquía verdadera y posible, de la monarquía de Carlos VII. Ningun carlista faltó tampoco de su puesto, y mil otros, hasta entonces retraídos, se presentaron llenos de ardor y de valentía.

Todo se ha hecho contra ellos desde la revolución, y solo ellos han crecido: donde han querido luchar en las elecciones, el triunfo ha sido suyo; sus órganos en la prensa se han multiplicado; en la Asamblea ha resonado el grito de ¡Viva Carlos VII! que parece ser el grito de toda España ¡tanto se oye en todas partes! donde quiera se encuentran los retratos del Rey legítimo, y quien de él hable está seguro de tener quien le escuche, y cuando él ha hablado, las tres cuartas partes de los españoles le han escuchado con religioso silencio, y repiten hoy con fervido entusiasmo sus palabras.

Esta es la verdad, que nadie puede negar, que casi todo el mundo proclama, y que reconocen mejor que todos por sus hechos los que mas interes tienen en negarlo, y lo niegan en sus palabras con el mayor encarnizamiento.

IV.

¡Qué espectáculo el de estos mismos momentos!

Segun los partes telegráficos oficiales, no hay mas que una sola partida carlista en armas; no se sabe siquiera que D. Carlos VII haya salido de Paris, y se asegura que los carlistas no han podido encontrar 1,000 francos, ni ganar un solo oficial del ejército.

Pues bien: la Revolución, cuando no es atacada por ningun lado; cuando afirma que no puede serlo, obra como si tuviera encima el mayor peligro, como si necesitara apelar á los recursos mas extraordinarios para salvarse. El regente no se atreve á ir á la Granja, y apenas ha ido, se trata de que vuelva; Prim suspende, y aun abandona, su proyectado viaje á Vichy; todo es mover las tropas en todas direcciones; desguarnecer las provincias

andaluzas, donde imperan, cubiertas de sangre y soñando en toda clase de rapiñas, los criminales, para ocupar militarmente las provincias del Norte, de donde se dice que los ayuntamientos y las autoridades provinciales han ofrecido á la Revolución todo su apoyo; los periódicos apelan á toda clase de invenciones y calumnias para atraer á incautos y seducir á necios contra la restauración; todo es desasosiego, intranquilidad, angustia, que llegan al punto de que se apele por un gobierno que se dice liberalísimo á una ley de orden público mas que draconiana, y sin embargo, lo repetimos, no ha habido, hasta hace pocos dias, ni una sola partida carlista armada, y el gobierno cuenta con el ejército, cuyos jefes ha sacado de sus filas, y con mas de 300,000 voluntarios armados.

Esta es la última confesión, y ella lo dice todo. No confesais solo la fuerza de la comunión carlista; probais tambien vuestra debilidad; haceis ver á todo el mundo que os agitais inútilmente en el vacío, y, en una palabra, sin lucha, sin batalla, anticipais vuestra derrota y augurais nuestro triunfo.

Sí; vuestras últimas confesiones, las que haceis en cada uno de esos hechos, valen mas que una batalla ganada para la causa imperecedera, y siempre, mas pronto ó mas tarde, triunfante, de la verdad y del derecho.

A. J. DE VILDÓSOLA.

DIOS Y ESPAÑA.

Se cumplió al fin la funesta profecía del impío y audaz cantor de la imprenta, cuando en el último trimestre de 1868 *el volcan reventó, y á su porfía los soberbios cimientos vacilaron*: un momento mas, y los escombros del Alcázar desaparecerán de la patria de San Fernando y Santa Teresa, y el reino de Dios será dado á otro pais menos ingrato, sacrílego y grosero. Que ya sabemos lo que vienen á ser las naciones sin Dios... ¡Ay, pues, de la infortunada España si en su fatal progreso no retrocede, volviéndose al Señor por ella ultrajado por el camino de la penitencia, como la venturosa Nínive! Perecerá como Babilonia, y será borrada la España criminal del mapa del mundo; cuando la satánica trompa de Q. insultaba sacrílega de aquel modo lo mas respetable y santo de los cielos y la tierra, segun el crítico dictámen de los Obispos de Mallorca y del P. Velez, podíamos ya decir los españoles, con mas razon que los romanos: *Incedimus super ignes cineri suppositos*. Caminamos desde el año 1800 sobre volcanes, y está minada la tierra que pisamos.

El drama sangriento y aterrador que presenciamos consta de tres jornadas, de las cuales la primera, bajo el velo de la mas refinada hipocresía, fue preparando la segunda, y completando la tercera: los inicuos planes de las anteriores está consumando la ruina, la pérdida y la total desolación de España, sobre cuyas cenizas, sentado el viajero, exclamará un dia no lejano: «¡Ay! ¿Dónde yace la reina de dos mundos? ¿Qué se hizo la señora de las naciones?» Las citadas revoluciones fueron los instrumentos que la esterminaron por sus prevaricaciones; la justicia de Dios vino sobre ella y la hizo apurar todo el

cáliz de la cólera celeste. Sus pecados fueron castigados por la ira del Señor con otros pecados mayores, y los modernos Atilas no son otra cosa que *el azote de Dios: Flagellum Dei...* azote inflexible y duro que solo se ablanda con el agua de la penitencia.

«No aplaca á Dios del réprobo el espanto, sino de ardiente contrición el llanto. (B.)

La segunda revolucion española ya nos dejó ver los subterráneos tenebrosos en que trabajan ocultos y enmascarados los enemigos de la Religion y de la sociedad; los planes deletéreos para borrar, si fuera posible, de la memoria de los hombres toda idea de justicia, orden y virtud; que tal es la *sociedad secreta* donde, segun Baruel, se afilan los puñales que se clavaron en los pechos de los Reyes, de los sacerdotes y de todos los hombres buenos. Por no haber abierto oportunamente los ojos, la desgraciada España acaba de ser probada, en la gráfica espresion del P. Lacordaire, *con toda la majestad del infortunio*. Tocando está ya el *fin del principio* que se columbró en 1812. Y la ruina y desolacion del *Altar* y del *Trono* se consumaron en ella en 1868 y 69, por una revolucion que no tiene semejante en los anales del mundo.

Enormes y sin número deben ser los pecados y los delitos de España, de catorce lustros á esta parte, cuando la *Logia* de Barcelona ha formulado el horrible reglamento, publicado en varias ciudades de la Península, que ponemos á continuacion, y que sin duda por despertar á los españoles del mortífero letargo en que yacíamos al borde del abismo, permitió la Divina Providencia que lo haya perdido un diputado de las Cortes, en 1820.

Helo aquí, en extracto literal:

«Como nos ha enseñado la esperiencia que, una vez destruida la Compañía de Jesus, que era la guardia de Corps del Papa, segun nuestro patriarca Voltaire (por las intrigas de los ministros de Carlos III se ha logrado la decadencia del catolicismo, la ignorancia y la corrupcion de la juventud española, con la ruina y abatimiento de las ciencias, artes, comercio y agricultura, con los irreparables desórdenes consiguientes, que son el *desiderandum* y fundamento del sistema liberal ó masónico que ha de consumir la ruina del género humano, *nemine discrepante*), los caballeros Kadoks, Rosa-Cruz y todos los masones de la logia de Barcelona acordaron el reglamento, que consta de los artículos que siguen:

»1.º No parar un punto hasta no tener aterradas todas las demas religiones; y, si es necesario, como lo será dentro de tres lustros, asesinar todos los frailes en un solo dia; que así no tendremos tantos hombres eminentes y sabios que descubran nuestros planes, y nos haremos ricos con los bienes de los conventos.

»2.º Señalar premios á cualquiera que mate á un sacerdote, y *mayores* al asesino de un *Obispo, Arzobispo* ó *Cardenal*.

»3.º Fuera todos los capellanes; y sobrará con uno en cada parroquia, por ahora, para que no entienda el pueblo que le quitamos la Religion católica.

»4.º Destruir y arruinar todas las congregaciones, santuarios, ermitas, cofradías y colegios, *incautándonos, apud acta*, de todos sus muebles y bienes raices.

»5.º Arrancar hasta las raices de la *Inquisicion* y de toda censura *previa*, con amplísima libertad de pensar,

escribir y publicar *solamente* todo lo que sea contra Dios, contra la Iglesia, contra los Reyes y contra los hombres de bien.

»6.º Para desfigurar la Religion católica y variar su objeto en odio á Dios, se colocará en la fachada y punto céntrico de las casas municipales, en toda España, una *lápida*, que deberá ser adorada, como un árbol de la libertad, en ciertos dias, y sin embargo pocos ó ninguno entenderán la malicia de esta ceremonia ridícula y supersticiosa.

»7.º Sufrirán la pena capital, *ipso facto*, todos los que hablen ó escriban en favor del Papa, de los Concilios, cánones y determinaciones de la Iglesia; de sus ritos y ceremonias; de los Sacramentos y de sus ministros; de los tormentos del infierno, y, en fin, los que hablen ó escriban como católicos, ó citen las antiguas penas y leyes de España contra los incrédulos y *francmasones*.

»8.º Se circularán con profusion por todo el reino *canciones, dramas, folletines, periódicos, folletos, hojas volantes*, y todo género de impresos, de *balde*, ó poco menos.»

Los dos artículos anteriores son ciertamente dignos del *sacrilego, ignorante y estúpido salvaje* autor de *El Evangelio del pueblo, La cuestion pontificia, La teoría del infierno*, y de las *insolentes, impías y anticatólicas* epístolas á *Moret* y á *Olózaga*, en las cuales *de fonte levitatis suæ, multa maledicta effudit...* En las publicaciones del art. 8.º se hará entender al pueblo que los sacerdotes, los Reyes y los vasallos son *todos iguales*; que el pueblo es el todo *soberano y libre*; y no entendiendo que tales epítetos se le aplican *por burla*, quedará luego víctima miserable de la *igualdad, libertad y soberanía*.

»9.º Se formarán nuevos batallones de *voluntarios de la libertad* de los sugetos mas depravados é impíos de cada poblacion, que perseguirán con las armas á todos los que no sean liberales, ó sean defensores de la Religion y del Rey, puesto que el ejército acaso no se prestaria á un servicio... tan... tan...

»10. Como la historia del año 1814 nos recuerda que el Rey, á su vuelta del destierro, no castigó á los vasallos... traidores, ya podemos, sin temor alguno, aventurarnos á cualquier atentado y picardía.

»11. Por ser la agricultura *antimasónica y antiliberal*, llevando en su seno toda la riqueza del pais, como que asegura todas las propiedades, se formarán proyectos (á lo *Figuerola*) para su abatimiento y decadencia, ya que los medios hasta hoy empleados no han logrado tan laudable fin, por falta de energía en los empresarios...

»12. Poner en todos los ramos de administracion un *sobradísimo* número de empleados jóvenes, ignorantes y burros, con *albarda* de sabios, sin responsabilidad, y que anden, por gracia de la Constitucion, en dos pies; con el fin *único* de llegar al desarreglo de todos los tribunales, y que estos se entiendan con la *briballa*, que es voz sinónima de *picaros, bribones* ó *galopines*.

»13. Que ningun particular pueda disponer de sus propios bienes, sino que todos sean repartidos entre las familias; y sean desterrados del mundo los mayorazgos, y hasta el odioso nombre de *vínculos*, con los cuales se alza uno con todo el patrimonio, y los otros se quedan *desnudos en la calle*..

»14. De esta manera, tan hábil como económica, re-

ducidas las familias á la miseria, que á todos *hará iguales, in ictu oculi*, con un solo *decreto* se quitarán los diezmos; y engañado el pueblo con este *aparente alivio*, no conocerá que se le arranca el quinto mandamiento de la Iglesia, y menos que serán oprimidas sus espaldas con el formidable peso de contribuciones insoportables que no se aliviarán ni con las malas *cosechas* ni con las desgracias públicas.

»15. Como tan solo podemos temer la guerra de los mas eminentes y sabios españoles, se buscarán verdaderos ó falsos motivos para desterrarlos.

»16. Para que no vuelvan los aciagos dias del Rey Fernando, que en el año 1800 tenia 100,000 hombres sobre las armas, 100 buques de guerra en los mares y 100.000,000 de duros sobrantes en el Erario. Y eso que los pueblos solo pagaban la mitad de sus contribuciones... se protegerá la *mentira*, el *robo*, la *intriga*, el *asesinato*..., y se promoverá el *lujo excesivo* en todos los estados, sexos y condiciones sociales, por habernos enseñado la esperiencia ser estos los medios mas conducentes al empobrecimiento de la nacion.

»17. Queda prohibido todo escrito que diga la verdad, y condenado á muerte el autor si habla directa ó indirectamente de las *injusticias*, *embrollos*, *cohechos*, *sobornos*, *vicios* y *deshonor* de algunos tribunales, abogados, procuradores, escribanos, alcaldes, contrabandos, comerciantes, etc.

»18. Para que sea mayor el número de *salteadores* en España, llamados *empleados* de Hacienda, se formará un *nuevo* ramo de *ladrones mas finos*, bajo el nombre seductor de *Crédito público*, cuyo oficio forzoso y *urgentísimo* será echar la zarpa sobre todos los caudales de los hombres de bien, destruyendo iglesias y patrimonios sin distincion ninguna. Ningun ciudadano podrá entrar en este ramo, si no es un *pobre*, *miserable* y *descamisado*, sin responsabilidad alguna, pero con facultades amplísimas para cobrar de todos y no pagar á ninguno.

»19. Se abrirá un *fondo* para sepultar todos los caudales de *proprios*, *arbitrios*, *derechos* de puertas, *portazgos*, *portazgos* y *barcajes*, cuyos productos inmensos, administrados *fielmente*, darian proteccion y fomento á las provincias mas laboriosas, en fábricas y obras públicas, esperanza y consuelo de los pobres, multiplicando rápida y asombrosamente la riqueza de los pueblos y el bienestar general; y esto no conviene á nuestros filantrópicos fines...

»20. No se admitirá la menor queja contra los intrigantes, revolucionarios y perturbadores del orden, porque son nuestros *emisarios* para dar asilo á la trampa, la mentira, la miseria y la desolacion de los pueblos, que es lo *único* que deseamos, á fuer de buenos *liberales* y *masones*.

»21. Se abrirán cátedras de impiedad y moral pestilente en todas las ciudades principales de España, para la perversion de nuestros hijos, y de toda la juventud española, consumada por los *testos vivos*... *descaradamente* (1)...

»22. Como no sabemos lo que puede mañana suceder á nuestra adorada *secta masónico-liberal*, cada uno de los hermanos jurará no descansar hasta obtener la glo-

ria de ver al último Rey *ahorcado* con las humeantes *tripas* del último *sacerdote católico*... Solo guardando fielmente los anteriores artículos, sacados de la doctrina volteriana del siglo XVIII, consumaremos una *gloriosa*, que debe ser la ruina de España, el horror de Europa y el escándalo del mundo.»

Et factum est ita... Se colmaron los deseos satánicos de los maestros del error y de la impiedad mas horrible que vieron los siglos en la católica España, al ver, pues, los maestros de la iniquidad mas desenfadada cómo elogian el crimen, haciendo apologías brillantes del genio del mal; á la vista espantable de la inundacion de libros infernales, pinturas obscenas, que derraman sobre la desolada Hesperia torrentes de iniquidad; de mil tiranos y reyezuelos presuntuosos que levantaron su feroz imperio sobre las ruinas de la Religion y de la patria. En dias, pues, de tan general disolucion, los hombres justos tiemblan, y el filósofo cristiano levanta sus ojos al cielo pensando en el porvenir de la mas infortunada de las naciones, llegando á figurarse que ya no hay cristianos en el centro del cristianismo, que ya no hay españoles en España. *Haud quid in eversa vidi crudelius urbem!* ¿Y qué puede esperar un *Estado* que se presenta á la faz de la Europa sin *virtudes*, sin *religion* y sin *Dios*? ¡Pues qué! ¿No es un dogma católico que el pecado hace miserables los pueblos, colmándolos de calamidades, estragos y ruinas?

El pecado, el mal, la injusticia y el desorden, son en el fondo idénticos: un atentado contra el Supremo Legislador de la sociedad humana; pero tan fecundo en frutos de muerte es el árbol del pecado, que todas las guerras, muertes, hambres, pestes, tempestades, terremotos, incendios y desgracias que se vieran en el mundo, segun el Apóstol, han sido efectos del pecado, de ese negro vapor *satánico*, dirigido á derribar al Omnipotente de su escelso Trono; de ese cruel *Saturno*, como dice un elocuente orador evangélico, siempre sediento de la sangre de sus propios hijos...; de ese furioso torbellino que todo lo llena de horrores...

D. HEVIA.

LA IGLESIA

ES SANTA, CON TODA LA SANTIDAD DE DIOS (1).

Segundo carácter, ó nota, figurada en el Arca de Noé.

Obedeciendo el justo Patriarca simple, pronta y determinadamente cuanto Dios le habia ordenado, dedicose á construir el arca de maderas cuadradas é incorruptibles, y sobre su natural incorruptibilidad, incrustadas todavía con puro é inalterable betun, para impedir absolutamente la filtracion del agua; por dentro y fuera perfectamente lisas. Ocho personas, que componian cuatro matrimonios, entraron en el arca; animales de toda especie, macho y hembra. Los Doctores eclesiásticos, fieles comentadores de las divinas letras, padres y maestros de nuestra creencia católica, miran representadas ya en la inviolabilidad, conmensuracion, limpieza y tersura de

(1) De *El Restaurador*, núm. 104.

(1) Véase el núm. 10, pág. 150.

aquellos materiales la pureza, justicia, exactitud, religion, verdad, fortaleza y demas virtudes que resplandecerian inalterablemente en la Iglesia de los Santos; y redundando anagógicas admiraciones, consideran en el cumplimiento esmerado y puntual de la continencia rigurosa que observaron aquellos consortes, privándose voluntaria y completísimamente de todo acceso conyugal, y tambien los irracionales, así como de todo movimiento interno y exterior menos perfecto el año entero de su clausura en el arca, la santidad esencial de nuestra Iglesia evangélica, que consiste en el respeto y observancia exacta de los preceptos, y abraza la percepcion de los consejos.

Si el autor del diluviano bajel fue Santo, y Santos los miembros de su familia preservada, Jesucristo, Fundador de la Iglesia militante, es Santo de los santos, Cabeza y origen de toda santidad. Si Noé, resignándose sumiso y obediente á la ejecucion del soberano decreto, ofreció, acompañado de su cara esposa é hijos dilectísimos, el sacrificio tremendo de lanzarse al arbitrio de las aguas, encerrado en una caja doce meses, para salir de ella victorioso y repoblar el desamparado mundo de nuevos y mas felices vivientes, el Hombre-Dios, «obediente hasta la muerte *afrentosa y penosísima* de cruz (1), entregose á sí mismo por la Iglesia, *ut illam sanctificaret*, para santificarla, purificándola con el bautismo de agua y palabra de vida, y se mostrase exenta de toda mancha y arruga, *mas tersa que el arca figurativa*, santa é inmaculada (2).» Espiró entre furiosos enemigos, verdugos desapiadados, y de dos facinerosos, para redimir y renovar generosamente al mundo, y formar un pueblo santo, restituyéndole el derecho que habia perdido á la bienaventuranza. Los individuos de aquella antigua familia fueron justos, porque los miembros de la Iglesia del Nuevo Testamento, á quienes simbolizaron, debian ser Santos, y lo son. Creamos al Espíritu de eterna verdad, que habla por el Apóstol San Pedro: «Yo pongo en Sion la principal Piedra del ángulo (Jesucristo), escogida, preciosa. El que creyere en ella, no perecerá. Ella honra á vosotros, que teneis fe; mas á los incrédulos piedra es de tropiezo, de escándalo, porque no creen en quien fueron fundados. Vosotros, pues, sois el linaje escogido, el real sacerdocio, gente santa, pueblo de adquisicion, para que publiquéis las bondades y grandezas de Aquel que de las tinieblas os llamó á su portentosa luz. En otro tiempo érais pueblo proscrito: ahora sois pueblo de Dios. Antes no érais objeto de misericordia; ahora lo sois, incorporados con Jesucristo por medio de la fe (3).» Inspirado por el mismo Espíritu, San Pablo predica á los romanos: «Pablo, siervo de Jesucristo, llamado *Apóstol*, elegido para anunciaros el Evangelio de Dios, que habia antes prometido por sus Profetas en las Escrituras santas con relacion á su Hijo, que le fue hecho del linaje de David, segun la carne..., á todos los que están en Roma queridos de Dios, llamados *Santos* (4).»

La santidad de la Iglesia no admite en su gremio á los que no son santificados por el bautismo, y así lo intimó el mismo Apóstol á las gentes de Corinto (5): «¿Ignorais

que los inicuos no poseerán el reino de Dios? Tales fuisteis algunos, pero ya estais lavados (por el bautismo), ya santificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios.» Oigamos al gran Padre San Agustin: «Dentro de esta arca de la Iglesia pueden vivir buenos y malos; fuera de ella no pueden estar los buenos (1).»

Santa es la Iglesia, porque lo son sus sacramentos, su doctrina, sus leyes y preceptos. Prohiben todo lo malo; mandan y aconsejan todo lo bueno. Leyes, sacramentos, doctrina, con virtud y eficacia poderosa para santificar á cuantos pertenecen y son llamados á este asilo, mas seguro y salvador que el fabricado por Noé. Los fieles así lo creemos y confesamos, instruidos por el soberano Vidente de Israel. «La ley del Señor, dice invitando fervorosamente á los hombres para que aplaudan los atributos de Dios y la santidad de sus preceptos; la ley del Señor inmaculada, que convierte las almas; fiel el testimonio del Señor, que participa sabiduría á los pequeñuelos (2); á los humildes de entendimiento, y de corazon sencillo, que creen y ciegamente obedecen cuanto Dios ha revelado á su Iglesia, y esta Maestra santísima propone, informada por el Espíritu infalible de verdad. Á cuyo fin nos eligió Dios antes del establecimiento de los siglos, colmándonos de bienes, no temporales y terrenos, como eran los del Testamento Antiguo, sí de gracias y espirituales bendiciones en Cristo, para que fuésemos santos y sin mancha, unidos, como hijos de su Iglesia, á su Divino Esposo, cuales miembros á su cabeza y sarmientos á la vid.»

Por la esencia misma de su institucion divina es la Iglesia soberana é independiente, no una hijuela del Estado, segun pretenden los necios *reformadores*, sin considerar el imposible de que Dios y su Religion estén bajo el predominio de los hombres. Goza, pues, los poderes legislativo, gubernativo, judicial y coercitivo, ejerciéndolos siempre por actuaciones, cautelas y modos admirablemente santos, porque es *Santa*. Amonesta á sus visibles enemigos; una, dos y mas veces exhorta á los rebeldes cual madre piadosa y compasiva; y si como juez íntegro y recto debe esgrimir la espada justiciera, la baña en el aceite del celo arreglado, santo y ordenada caridad. Lucha poderosamente contra el infierno; pero sus armas no son otras que las espirituales de humildad, mansedumbre, paciencia, viva fe, confianza firme, oracion perseverante. Contraria enteramente á los desordenados deseos, apetitos y pasiones del hombre; combatida terriblemente por la herejía y sectas todas que ha vomitado el abismo, desde su establecimiento hasta hoy se conserva estable, constante, inmutable, porque su santidad no puede ser violada por las furias humanas ni infernales. Triunfa del error, oponiendo la verdad, los vaticinios proféticos realizados puntualmente en sus respectivas épocas, las obras evidentes y asombrosos milagros del Dios que la instituyó, los portentos y extraordinarias señales que produjeron en todos los siglos hombres por divina virtud autorizados; la doctrina, documentos é instrucciones evangélicas, su propagacion no interrumpida, y efectos que solo puede producir una causa sobre-

(1) San Pablo, ep. á los de Filipo, cap. II, vers. 8.

(2) San Pablo, ep. á los efesinos, cap. V, versículos 25, 26 y 27.

(3) San Pedro, ep. 1.ª, cap. II.

(4) San Pablo á los romanos, cap. I.

(5) Epist. 1.ª, cap. VI.

(1) Lib. De Bap. cont. Petil.

(2) Salm. XVIII, vers. 8.

natural, santa, inmaculada, que influye, cuida y gobierna victoriosamente á todo el universo.

Esta causa divina es la sangre veneranda de Jesus; sangre preciosa, omnipotente, precio inestimable de nuestro gran rescate, depositada en su corazon reparador y vertida por la rotura que abrió el acero afilado de Longinos, iluminando instantáneamente al agresor, dos veces ciego; sangre de valor infinito, de virtud sobreabundante para desarmar la justísima venganza, y conferir salud perpetua á todos los dolientes por la trasgresion de Adán; porque manantial de vida es el deífico Corazon que tan benéficamente la prodiga, cuya misericordia trueca nuestra voluntaria muerte en vida verdadera. Es el templo mas digno del alma y divinidad de Jesucristo; especial oficina de todos los afectos de un Dios tres veces Santo; volcan inestinguible de amor eterno, de inefable dolor; archivo distinguido que contiene los dones mas escelentes y carismas del Espíritu Santo y santificador; Sol que todo lo ilumina con sus rayos imperiales; raiz y domicilio propio de las virtudes de un Hijo esencialmente Santo, tan Dios como su Padre; tá-lamo glorioso de la Trinidad augusta, donde fue concebida la Iglesia militante; fuente fecunda que brotó misteriosamente siete copiosísimos raudales, los sacramentos portentosos que justifican y perfeccionan á los miembros todos que forman el cuerpo de la *Iglesia de los Santos*. Así la llama su Esposo Dios en el libro del *Eclesiástico* (1); y enseñan los Padres de nuestra fiel creencia que si el Artífice Supremo ordenó al Patriarca Noé que fabricase el arca de maderas iguales, lisas, sin nudo ni tropiezo, fue para significar por aquel símbolo ó metáfora que la fe, la verdad, justicia, santidad y demas virtudes serian en el estado de gracia los místicos elementos ó tablas espirituales que organizarian el bajel prodigioso é imperecedero de la Iglesia.

(Se continuará.)

FR. LUIS GODINEZ.

ESTUDIOS ECONOMICO-SOCIALES,

POR EL P. D.

La economía política y el catolicismo,

DEL TRABAJO.

(Continuacion) (2).

IV.

Fines inmediatos del trabajo.

Considerado en su accion inmediata el trabajo, tiene dos fines: la conservacion del hombre y la multiplicacion de la especie humana.

Vivir en la tierra no es, ni nuestro único deber, ni nuestro único bien; es, sin embargo, un bien verdadero y un gran deber. Es así que sin el trabajo el hombre languidece y muere, y la raza, lejos de desarrollarse, se debilita y estingue, luego el trabajo debe ser ante todo la lucha contra la muerte, y por consiguiente el esfuerzo necesario para producir aquellas cosas *indispensables* á nuestra existencia física. El alimento es el primero de estos objetos, y nadie ignora que en los climas un poco

rigurosos el vestido y el abrigo son tan necesarios como el sustento: de modo que el hambre y la sed, el calor, y sobre todo el frio, exigen enérgicamente la obligacion del trabajo; y quien, segun sus medios, no se cuide de adquirir los objetos de primera necesidad, se haria culpable de suicidio.

Es, no obstante, muy poco para el hombre procurar solamente no morir de inanicion ó de frio; ademas de esto tiene necesidades morales que exigen algo mas que la produccion de un pedazo de pan y una pieza de tela. La ciencia, por ejemplo, ¿no há menester, como instrumentos propios, de libros manuscritos ó impresos? La defensa de la libertad y del honor, ¿no exige la fabricacion de las armas? El ejercicio de la caridad en favor de los enfermos, ¿no supone el arte de curar, la composicion de las medicinas, y la larga serie de experiencias, de investigaciones y de trabajos que pide la confeccion de los instrumentos quirúrgicos?

Tal es, pues, el deber esencial del trabajo; proveer al hombre de los objetos necesarios: primero, para la conservacion de su existencia; y segundo, para el cumplimiento de sus deberes espirituales. (No tratamos aquí de lo que se *permite* al trabajo, sino de lo que se le *prescribe*.)

En la sociedad, la division de los productos origina una serie de combinaciones. El labrador produce trigos para sí mismo y para el albañil, y el albañil construye su casa y la del labrador que le alimenta. Pero nadie, segun la enseñanza divina, debe sustraerse á la ley del trabajo. Solo están legítimamente exentos del trabajo manual los que se emplean en un trabajo de orden espiritual, segun la doctrina de San Pablo, que espone el derecho del sacerdote á ser asistido en sus necesidades materiales por aquellos á quienes distribuye el pan espiritual. Fuera de aquí, la ociosidad voluntaria es un crimen. *Que quien no trabaje no coma*, dice el Apóstol (1). Jesucristo mismo nos enseña en una de sus parábolas cómo el servidor inútil es duramente castigado por el Padre de familia, quien dice á los ejecutores de su justicia: *A ese servidor inútil, arrojadle en las tinieblas exteriores, allí donde habrá llantos y rechinar de dientes* (2).

Si el catolicismo respeta por justos motivos el hecho de la riqueza, no por eso sostiene que la riqueza autoriza la ociosidad. Todo lo mas que permite es la eleccion entre diversas ocupaciones útiles; mas es preciso que cada cual pague su deuda á Dios y á la sociedad. Contentarse con cambiar los frutos del trabajo de sus antepasados por los frutos del trabajo de sus antepasados, es cosa irreprochable ante la justicia legal, que no puede distinguir la moneda de 100 rs. que habeis heredado, de la que habeis ganado; pero es un crimen ante el Evangelio.

Los ociosos son el escándalo de la sociedad, y sin embargo debe tolerarlos con tal de que lleven su parte en las cargas comunes. ¿Podria aquella, en efecto, obligarlos á trabajar...? Pero ¿á qué especie de trabajo y con qué límites? ¿No eludirian fácilmente la ley aparentando una ocupacion cualquiera? En este caso el Estado tendria que fijar su mirada inquisitorial en el seno de las familias, para asegurarse de que todos trabajan, de que el

(1) Cap. xxxi, vers. 8.

(2) Véase el número anterior, pág. 166.

(1) II Ad Thess., iii, 10.

(2) Matth., xxv, 30.

marido escribe un libro ó cultiva su jardín, de que la mujer cose ó borda, de que todos los dedos, en fin, están en movimiento, ó de que huelgan por causas legítimas. Al ocioso que en su estrechez implora la asistencia ajena, puede respondersele: *trabaja*; pero el rico que se basta á sí mismo, no puede ser perturbado sin que se infiera un ataque al principio de la propiedad, lo cual entraña la ruina social. Es fuerza, pues, que á este rico se le haga trabajar voluntariamente. Y teniendo satisfechas las necesidades primeras, su trabajo no puede tener otro móvil que el deseo del lujo ó el sentimiento de un deber. El deseo del lujo suele producir en el rico el deseo de trabajar, pero en menoscabo de su parte moral, y de la parte moral y material de sus semejantes. Queda el sentimiento del deber. Este sentimiento, muy vigoroso en los pueblos de la alta antigüedad, próximos á las revelaciones primitivas, se desvanece á medida que se estiende la repugnante institucion de la esclavitud; mas reanimado con la predicacion del cristianismo, vésele de nuevo brillar entre nuestros modernos paganos. *No hacer nada* es la gloria del patricio y el secreto deseo del obrero en el siglo XIX, como era el orgullo del compatriota de Pericles y del romano de la decadencia. *No hacer nada* sino gastar y divertirse, es decir, consumir locamente su vida en la inutilidad: tal es el ideal de los jóvenes elegantes de nuestra época. Y con harta frecuencia el trabajador que los ve pasar pavoneándose en su oprobio, en lugar de despreciarlos, como debia, siente en su pecho el escozor de la envidia, y al entrar en su taller se dice tristemente: «¡Quién pudiera vivir sin hacer nada!» ¡Sin hacer nada...! ¡Triste ambicion en verdad!

Los mas enérgicos preceptos del catolicismo, sus promesas mas magníficas, sus ejemplos mas conmovedores, sus amenazas mas terribles, dicen al hombre que huya de las degradantes seducciones de la ociosidad, no para que se entregue al placer, sino al trabajo manual ó á otras ocupaciones, tanto ó mas útiles que esta. Ciertamente que no se escuchan las máximas del catolicismo; pero reconstruid la sociedad sobre los sólidos fundamentos del catolicismo, y vereis cuán rápidamente disminuye la ociosidad, y cómo se estiende y prospera el trabajo.

Otro fruto de la doctrina católica es su eficacia contra una de las mas grandes llagas económicas; á saber: el desaliento del trabajador. Si no aspira mas que al goce, el hombre compara las fatigas presentes de su trabajo con las satisfacciones mas ó menos seguras que puede reportarle; ¿y qué suele suceder entonces? Sucede que la recompensa esperada no le parece al trabajador equivalente al esfuerzo empleado, y que las consecuencias problemáticas del ahorro no pesan tanto como los sacrificios que el ahorro exige; y héle ahí trabajando indolentemente, acostumbándose á la miseria perezosa, y no produciendo sino lo que exclusivamente necesita para no perecer de hambre.

Por el contrario, el mas modesto obrero, animado por la luz de la fe, sabe que su trabajo queda inscrito en el libro del Señor. Si la recompensa terrestre es mezquina; si tarda en venir ó si alguien se la roba, el cristiano sabe que la recompensa divina es magnífica, segura y eterna. Por eso trabaja con ahinco y produce mas y mejor.

Conservarse á sí mismo, mantenerse en estado de

cumplir convenientemente los actos de la vida espiritual y física, es sin duda alguna un grandísimo deber. Pero siendo el deber una viva relacion con el Autor de la ley, con Dios, el olvido de Dios trae por consecuencia el olvido del deber, así el de la conservacion propia como el de todos los demas. Para los que yacen en las tinieblas de la incredulidad, la vida no es sino una de las condiciones necesarias para gozar; desvanecido el goce, la vida pierde su valor, y á poco pesada que sea, pronto se desembaraza uno de ella por medio del suicidio, infamia casi desconocida en las épocas de fe, y cuyos ejemplos se multiplican de un siglo á esta parte con una rapidez increíble.

A mas de esto, la doctrina católica obliga imperiosamente al trabajador, miembro de una familia, á subvenir, conforme á sus fuerzas, á las necesidades presentes y futuras de la misma familia. Para la economía atea la familia no es mas que un hecho modificable segun los lugares, los tiempos y las ideas reinantes; á lo mas, una institucion política donde los deberes son mal definidos y las obligaciones de cada uno carecen de base estable (1); para la economía católica, la familia es una institucion divina, fundada por un sacramento augusto, que impone deberes religiosos y recíprocos á cada uno de sus miembros. De donde resulta que es un sacrilegio la falta de asistencia mutua en la familia. Por eso toda la energía del sentimiento religioso se une en el obrero cristiano á los instintos de la sangre, y aun á veces los suple, para escitarle á subvenir generosamente con su trabajo á las necesidades de sus ancianos padres, de su esposa, de sus hijos y de sus demas parientes.

Pero aun no lo he dicho todo. La familia, compuesta originariamente de dos personas, debe aumentar el número de estas. El fin del matrimonio, segun lo ha instituido la Providencia, es la multiplicacion de los seres humanos. Esto afirma el *Génesis*; esto es lo que el catolicismo ha enseñado siempre.

Pero la economía incrédula, desconfiando de la sabiduría divina y de la fecundidad de los recursos providenciales, se espanta de los peligros que presenta, al parecer, la fidelidad á la ley conyugal, y ha encontrado en los escritos de un pastor protestante llamado *Malthus*, esta fórmula terrible: *El crecimiento de la poblacion sigue una progresion geométrica, mientras el de las subsistencias sigue solamente una progresion aritmética*. Por lo tanto, cese el aumento de la poblacion, ó los vivos morirán de hambre... ¡Ay! el cabeza de familia no iluminado por la fe católica, encontrará hartos motivos para impedir, en lo que á él le toque, el aumento de la poblacion. Educar una familia numerosa cuesta muy caro. Por una parte es preciso redoblar el trabajo; por otra hay que disminuir ó suprimir á la fuerza lo que la molice y la vanidad contemporáneas han convertido en necesidades. Resultado: ¡dos hijos en una familia, y generalmente uno solo!

En este punto la doctrina cristiana no es bárbara,

(1) Entre los socialistas, Proudhon es casi el único que ha defendido enérgicamente la familia, y aun este lo ha hecho con cierta torpeza. Los economistas antisocialistas, pero materialistas, consideran por lo comun al trabajador como simple individuo, y defienden débilmente la familia. La francmasonería, en sus *logias andrógenas de adopcion*, ataca á la familia por su base. (Véase á A. de Saint-Albin, *Los misterios de la francmasonería*, cap. II.)

como necia ó malévolamente se ha dicho, ni hace obligatoria la *obra de la carne* á los esposos en el caso de que de ello resultase un detrimento grave para alguno de los cónyuges, ó para entrambos. Pero tampoco puede disculpar el vergonzoso deleite deliberadamente exclusivo del fin esencial de la obra de la carne, como no disculpaba en tiempo de los Césares á los innobles glotones que comían y vomitaban luego para comer mas; por eso dirige sus justos anatemas contra los que hacen del lecho nupcial del cristiano bautizado, una asquerosa sucursal de los lupanares. De este modo, y sin exagerado rigor, aquella doctrina favorece suficientemente la multiplicación de la especie humana, deseada por Dios, con la alternativa obligatoria entre el cumplimiento regular de la ley cuya recompensa es el goce físico, y la abstención completa que exige del célibe, y mas aun de los esposos, un sacrificio enérgico y perseverante.

La economía humana, no considerando á la sociedad mas que en sus fines terrenos, busca principalmente el equilibrio fácil y seguro entre el hecho de la producción y el hecho del consumo; y, desde Malthus acá, le ha parecido mas sencillo reducir el consumo disminuyendo de antemano el número de los consumidores, que de procurar á toda costa el aumento de la producción hasta el punto suficiente para satisfacer las necesidades de los consumidores. Desarrollar rápidamente la producción es cosa que embaraza y espanta á los productores, sobre todo cuando la producción inútil prepondera como en nuestros días sobre la producción necesaria: al contrario, ¿hay nada mas cómodo que disminuir el número de los consumidores para que no estorben en el festin humano?

Malthus, sin duda con candorosa ingenuidad, no habla mas que de la *violencia moral*... Esta violencia moral que el economista invoca, es nada menos que la *continencia*, virtud difícil y sublime que por lo comun solo la gracia de lo alto concede á los que, pidiéndola en fervientes y continuas oraciones, conservan, merced á la práctica de la mortificación, de la vigilancia y de todas las buenas obras. ¡Pero predicar la continencia á muchedumbres que han sacudido el yugo de la moral evangélica, á gentes que tienen horror á la mortificación, que no saben luchar un cuarto de hora contra una tentación, que ponen su felicidad en la sensación, que no comulgan, que apenas rezan! ¡Predicarles la continencia, no solamente antes del matrimonio, sino despues! ¡Oh chanza cruel! Los que tal dicen, son bien cándidos, ó bien infames.

En resúmen, no viendo nuestros pueblos en la generación y educación de los hijos el grande y esencial deber del estado conyugal, desde que falta la fe detiéndose el torrente de la vida por temor de aumentar las cargas insostenibles del matrimonio. Y este mal se ha transmitido de las ciudades á los campos. Salvo raras escepciones, la continencia no toma parte en este fenómeno terrible que comienza á espantar hasta á los mismos hombres de Estado. Se ha descubierto el arte infernal de aplicar á la vida conyugal la máxima brutal en que se funda la economía materialista: *el goce por el goce*.

El mal es grande, y grandes pueden ser sus consecuencias. No sería la primera vez que se viera perecer un pueblo por falta de hombres. Así se desmoronó el imperio romano bajo los Césares. Vivir, para los corrom-

pidos romanos, era encenagarse en los placeres: y cuantos menos partícipes hubiera, mas tocaba á cada uno. A esto vamos á parar, por desgracia, y para vergüenza nuestra. Y lo notable es que los ricos temen mas que los pobres una familia numerosa. Tiénese, por ejemplo, 20,000 duros de renta, cantidad que apenas basta para no empeñarse, que hasta este punto el epicurismo práctico multiplica las necesidades facticias, y el orgullo y voluptuosidad los gastos inútiles; tiénese 20,000 duros de renta: ¿qué vale esto para cuatro herederos? Por otra parte, una nube de pequeños funcionarios hacen esfuerzos, en nombre de la igualdad, por imitar siquiera aparentemente el lujo de los altos funcionarios, ó de los funcionarios que poseen buenos patrimonios; para aquellos desdichados, la educación de un solo hijo, ¿no es ya un gasto insoportable?

Pues bien: contra esa monstruosa audacia de un egoísmo que sin curarse de las promesas y amenazas de Dios, reduce las funciones mas altas de la vida á vergonzosos y estériles goces; contra ese gran desprecio de las almas inmortales, á quienes se niega fraudulentamente, junto con la existencia, la eterna bienaventuranza; contra esa gran iniquidad de los tiempos modernos, levántense en buen hora los moralistas, con Proudhon mismo á la cabeza, lanzando elocuentes invectivas; o pongan fórmula contra fórmula, y demuestren que la producción crece en progresión mas rápida todavía que la población: todo esto no impedirá que la infame lepra estienda sus estragos; solo la fe católica tiene el poder de escitar á los esposos sólidamente cristianos al cumplimiento de su deber, porque solo ella posee el verdadero conocimiento acerca del goce de los bienes materiales; porque solo ella da á la voluntad fuerza para cumplir perseverantemente todo deber, sin reparar en sacrificios.

La verdadera riqueza, dice el catolicismo, son los hombres; una sola alma, el alma de un niño todavía oculto en el seno materno, es un tesoro superior á todos los productos de la tierra. Hombres, hombres que tengan lo necesario para el cuerpo, y la sabiduría y la virtud para el alma: ¡hé aquí lo que Dios quiere!

¿Y no es esto tambien lo que la sociedad exige? La fuerza de una nación, ¿no consiste en la fuerza viva de sus buenos ciudadanos? ¿Témese la falta de subsistencias? ¡Pues qué! ¿se han secado ya las entrañas de la tierra? El trabajo medio de un hombre, en condiciones solamente pasaderas, ¿no produce mas de lo que necesita para vivir? La falta de subsistencias, ¿no depende de causas puramente accidentales, por culpa de los que mas agriamente se quejan? ¿No depende, repetimos, de que la producción de los objetos necesarios está postergada á la producción de los objetos de lujo? La inmensidad de los yerros clama contra la acumulación de gentes en las ciudades. Si se quebranta el equilibrio entre la producción de las subsistencias y la población, ¡oh economistas! reflexionad, estudiad, animad los trabajos mas indispensables, é inclinad la opinion pública contra los gastos inútiles; pero hasta el día lejano en que la tierra no pueda verdaderamente mantener y alimentar las poblaciones demasiado exuberantes, atreveos á condenar con nosotros esa prevision que, al profanar inicuaamente el lecho nupcial, roba al país su verdadera fuerza y su verdadera riqueza: los hombres.

El catolicismo, que honra y favorece el matrimonio (1); que combate las trabas legales impuestas al matrimonio en muchos Estados de Europa, autoriza y hasta preconiza la virginidad. En esto no hay contradicción. Es la más alta aplicación de una ley que todo economista exalta; á saber: la división del trabajo. Toda sociedad há menester de numerosos ciudadanos, y necesita además que estos sean virtuosos, sobrios, laboriosos, justos y caritativos. El matrimonio, que es la vocación del mayor número, produce en sus condiciones normales un aumento suficiente de población; la virginidad, que es más rara en razón á sus saludables ejemplos y á las funciones de enseñanza y caridad en que se emplea, presta á aquellos nuevos pobladores todos los auxilios morales y aun materiales que han de servirles para emplear útilmente su vida. Para todo hombre imparcial, la virginidad suple admirablemente la familia, educando á los huérfanos, amparando á los menesterosos, curando á los heridos y enfermos, y recogiendo á los abandonados, por los cuales modos provee á la sociedad de trabajadores, al mismo tiempo que la ayuda en la asistencia de los que padecen. La misma virginidad contemplativa es, para quien conoce la utilidad social de la oración, el más productivo de todos los trabajos.

En sustancia: el catolicismo ordena el trabajo como deber y como expiación; exigele que produzca utilidades necesarias para la conservación del individuo y la multiplicación de la especie; impone enérgicamente la obligación de trabajar para otro, y anima y consuela aun á los trabajadores que desesperan de alcanzar en la tierra el más insignificante goce. Aunque no fuese más que por esto, el economista debería bendecir al catolicismo.

(Se continuará.)

VIRGINIA,

ó

ROMA EN TIEMPO DE NERON:

novela escrita en francés

POR VILLEFRANCHE,

Y TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuación) (2).

—Lo único que ignoro, dijo Isaac, es en qué se han detenido él y su digno cliente. Acaso se hayan decidido á esperar la muerte de Labeon para hacerse investir entonces de la tutela del niño. Paréceme que tal ha debido ser su primer pensamiento. A pesar de esto, no se me ocurre dudar ni un momento de que si el postrer desastre de Suetonio Paulino y la muerte de Labeon se anunciasen esta tarde, mañana serian arrojados de su casa mi jóven señor y su madre.

Por otra parte, continuó Isaac, Tigellin, que siente

(1) En Roma hay una multitud de fundaciones piadosas que tienen por objeto dotar á las doncellas pobres. Una sola, la de *La Anunciada*, distribuyó en el año 1866 ochocientos cuarenta y seis dotes.

(2) Véase nuestro número anterior, pág. 171.

bullir en su alma más de una ambición, puede que se crea precisado á usar algunos miramientos. Burrho todavía tiene influencia, y se sabe que es vuestro amigo; Séneca también os acoge con cordialidad, y sobre todo, es un Sulpicio, y de consiguiente el jefe natural, por ahora, de la *gens Sulpicia*, á la cual pertenece la madre de Labeon. Por último, el ilustre nacimiento de vuestra hermana, descendiente, como vos, señor, de la antigua familia de los Megáclidas y de los Heráclidas, impone todavía en Grecia, y aun en Roma, algún respeto. A mi juicio, lo más probable es que no tengan aun un plan fijo. Hegion ha vuelto esta mañana, cuando acabábais de llegar; sin duda alguna venía de casa de Tigellin.

—Pero, finalmente, Isaac, poco há hablábais de pruebas: ¿las teneis?

—Las tengo, señor. Hegion emplea como escribiente á uno de nuestros compañeros de esclavitud, que casualmente es judío, y me enseña sus papeles siempre que va á Roma Hegion, pues este se hace odiar de cuantos le rodean.

—¿Y qué habeis sabido por esos papeles?

—Merced á ellos he descubierto fraudes enormes y falsas escrituras; cuando querais os los enseñaré. Todavía necesitaré algunas semanas, acaso dos meses, para acabar de reunirlos: entonces el robo aparecerá claro como la luz. Hegion se cree muy sagaz. Ya veremos si siempre podrá abrumar con su desdeñosa superioridad á sus pobres compañeros, y en especial al idiota bibliotecario que vegeta entre el polvo de sus pergaminos.

Cineas dió calurosamente las gracias al israelita, le instó para que completase sus investigaciones, y le prometió reflexionar, por su parte, en el medio mejor para desenmascarar á los dos siniestros cómplices. Después, pensativo, y no exento de inquietudes, abandonó la biblioteca.

III.

Cineas volvió á reunirse con su hermana, que le condujo al *triclinium*, donde tomaron juntos un frugal desayuno, durante el cual Elena se hizo repetir minuciosamente una vez más los detalles de los recientes acontecimientos de Bretaña.

—Mi hijo descansaba todavía cuando has entrado, dijo después; ven, ya debe haberse levantado.

Efectivamente, encontraron al niño Marco, hijo de Labeon y de Elena, sentado delante de una mesita en el *tablinum*, al lado de su guardiana, á quien llamaremos *su nodriza* para amoldarnos al uso, y aprendiendo á escribir. Con sus mejillas redondas y sonrosadas, sus ojos chispeantes y llenos de vivacidad, sus largos cabellos sueltos, y un sencillito *indusium*, ó camisa blanca, por único traje, hubiera podido servir Marco á un escultor para modelo de la inocencia ó del amor sin armas. Cineas iba á hacérselo notar á su hermana; pero esta, con todo el delirio de las madres que temen una desgracia, arrojose, por decirlo así, sobre el niño, le arrancó de la mesa, y estrechándole contra su corazón, comenzó á cubrirle de apasionadas caricias: «¡Pobre niño! decía: ¡caso en este momento ya no tienes padre!» Pasado el primer acceso del cariño maternal, alargole á Cineas, que á su vez le abrazó; y colocándole delante, en pie sobre la mesa, le contempló un rato con admiración.

—Hermana mía, dijo, suceda lo que suceda, haremos de él un hombre. Lucina ha presidido su nacimiento, las gracias y las musas le han señalado de antemano con su sello, y seguramente deseo que consigan defenderle de los atractivos de Marte. Pero entre tanto, Morfeo habrá derramado abundantemente sus adormideras en tu lecho, ¿verdad, amiguito?

El niño, abriendo sus grandes y asombrados ojos, miraba alternativamente á su madre y á su nodriza; era evidente que no comprendía el lenguaje mitológico de su tío.

—¿Cómo es esto? preguntó Cineas; hablarle de Marte ó de Morfeo, ¿es hablarle un idioma desconocido?

La nodriza, al oír esta pregunta, púsose ligeramente colorada, y dobló, como al descuido, la hoja de papiro en que estaba estudiando Marco.

—Hermano mío, quizás he obrado mal, lo confieso, dijo Elena; pero hay en la historia de nuestros dioses y nuestras diosas muchas cosas tan delicadas para explicárselas á un niño... Hasta ahora casi he abandonado á Marco á los cuidados de su nodriza, en la cual tengo tanta confianza como en mí misma, si no más; pero ya se acerca la época de la segunda educación, y repararemos fácilmente las lagunas de la primera.

Cineas no contestó; su atención hallábase concentrada en la nodriza, en la cual encontró efectivamente un aire de candor grave é inteligente que inspiraba confianza. Había debido ser en su juventud muy linda; porque aun entonces, á pesar de sus precoces arrugas y de sus cabellos blancos como la nieve, eran espresivas sus facciones, y hallábanse dotadas de estraña dulzura. El carácter particular de su rostro era una mezcla de tristeza y de serenidad, que conmovió á Cineas. Este adivinó que aquella mujer debía tener un corazón amante, y que había sufrido acaso alguna pena de todos ignorada, pero que había dominado su dolor. Su aspecto le recordó á la trágica Niobe, pero una Niobe trasformada por la resignación; una Niobe sumisa á los decretos del destino; y como era filósofo, y no observaba solo como artista, se formuló en su mente un nuevo problema: ¿qué secreta influencia podía haber efectuado aquel prodigio moral, reemplazando la calma á la tempestad, la paciencia inalterable á la amarga queja, y quizás la esperanza á la desesperación? ¿Era la filosofía la que había dado su dulce limpidez á aquellos ojos, tan profundamente hundidos, y pacíficos, sin embargo, como la eterna mirada de las esfinges de Egipto? ¿Era únicamente la energía de su voluntad? Fuese lo que quisiera, confesábase que nunca había visto nada parecido, y que no conocía ningún hombre capaz de dominarse como, al parecer, lo había hecho aquella mujer.

Mientras duró aquel exámen, Elena había vuelto á tomar á su hijo, sentándole en sus rodillas, y sus lágrimas, mezcladas con suspiros, corrían de nuevo abundantemente.

La entrada de un nuevo personaje la sacó de su dolorosa meditación.

Era una mujer de edad, pero todavía vigorosa, de imponente y noble aspecto, de palabra grave, pausada, segura, casi altanera; finalmente, una verdadera romana de los grandes tiempos de la república. Cineas reconoció á Sulpicia, madre de Sulpicio Labeon.

La recién venida se detuvo delante de Elena, y tocándola levemente en el hombro:

—Si fuéreis romana, hija mía, le dijo con toda la dulzura de que era capaz, tendríais mas firmeza.

—Madre mía, respondió la jóven; no puedo olvidar que mi esposo, el padre de mi hijo, está en peligro.

—¿En peligro? ¿Y cuál? contestó Sulpicia con un ademán despreciativo. ¿Por parte de los salvajes de Bretaña? ¿Cómo si pudiesen algo contra un ejército romano!

—¡Ah! ¡Ya han podido mucho, demasiado, madre mía!

Y la jóven estrechó de nuevo á su hijo, convulsivamente, contra su corazón.

La grave matrona respondió en tono de reprimenda:

—La mujer de un Sulpicio debiera conocer algo mejor á los soldados de Roma. Podrán nuestros enemigos haber ganado, por sorpresa, alguna efímera ventaja; pero ¿qué importa? Suetonio Paulino está allí. ¡Teneis trastornado el juicio, hija mía!

—¡Madre mía, conozco á aquellos salvajes; he vivido harto tiempo entre ellos! La venganza y la desesperación dan valor á los mas cobardes, y ellos no son cobardes.

—¿Á qué venganza, á qué desesperación aludís, hija mía? ¿Á la de gentes á quienes hemos concedido el honor y la seguridad de someterlos al gobierno romano? ¡Ciertamente que son muy dignos de lástima!

—Nuestra mala ventura ha querido, madre mía, que los agravios de que se quejan sean verdaderos. Los ultrajes sufridos por su Reina Boadicea...

—Todo eso, hija mía, son mentiras y calumnias. El romano siempre es generoso. Perdona á los vencidos que se someten, y castiga solo á los que se resisten. ¡Que obedezcan! En lugar de molestarles, se les protegerá. ¿Ó quereis que se fomenten las rebeliones?

—¡Ay! Pienso, madre mía, en que las armas romanas no se hallan al cubierto de los reveses de la fortuna, ni mas ni menos que otras cualesquiera. Pienso en vuestros desastres, es decir, en los nuestros, en el Allia, donde fuimos destrozados por esos mismos celtas que moran en la Galia y en la Bretaña; pienso en que se atrevieron á sitiar el Capitolio. Pienso en Varron y en otros muchos de los tiempos de Anníbal, en Cassio el de los partos, en Varo el de Germania.

—Os felicito por vuestra memoria, hija mía. ¿Por qué no me anunciáis á renglón seguido que Anníbal, ó si quiera Breno, han resucitado en las márgenes del Támesis, y que se espera ver asomar un día de estos su vanguardia en las orillas del Tíber? Volveis de Bretaña, y yo soy quien tiene que recordaros que Julio César desembarcó en aquel país y le recorrió sin la menor resistencia, él, que había empleado diez años en someter las Galias; y que la conquista, interrumpida por la ausencia voluntaria de aquel gran hombre, ha podido continuarse y concluirse en nuestros días por generales de segundo orden. Yo he visto á Caractaco prisionero de César Claudio; tambien veré á Boadicea encadenada al carro de César Domicio Neron. ¿Comprendeis, hija mía?

Sulpicia pronunció estas últimas palabras con una voz severa que no admitía contestación; pero casi en seguida, observando que no había conseguido mas efecto que hacer callar á Elena y no secar sus lágrimas, añadió

dulcificando su voz y besando á su nuera en la frente:

—Vamos, hija mia, valor: ¡no os obstineis de esa suerte en ver todas las cosas de color oscuro!

—Madre mia, dijo Elena; si tuviera vuestra firmeza, hablaría como vos; pero vos sois fuerte, y yo débil; vos os dejais guiar por la razon, y á mí la imaginacion me arrastra.

—Soy romana, hija mia: ¡pertenezco á la noble *gens Sulpicia*! Pero vos, aunque griega, tambien teneis en vuestros anales ilustres ejemplos de valor cívico y de firmeza conyugal y maternal. ¿No era una griega como vos aquella espartana que decia á su marido al entregarle su escudo: «Vuelve con él, ó sobre él?» Y aquella otra que, sabiendo que su hijo habia muerto peleando, preguntó: «¿Y la batalla?»—La batalla se ha ganado, le respondieron.—Entonces, dijo, vamos á dar gracias á los dioses.»

—¡Ah! ¡Trabajo me cuesta, madre mia, creer que aquellas espartanas amasen á sus hijos ó á sus maridos como yo amo á los míos! Admiro ciertamente tanto heroismo, y no soy indiferente á la gloria de mis dos patrias, mi patria natal y mi patria adoptiva; pero tal es mi flaqueza, que si Suetonio Paulino volviese triunfante á Roma seguido de todos sus guerreros, escepto uno solo que hubiese quedado entre los cadáveres de los enemigos, y ese único esceptuado fuera mi Lucio, ¡ay! pareceme que para mí no existiría la victoria. Dejaría cantar á los otros, pero no por eso se privarian mis ojos de derramar todas las lágrimas de mi corazón. ¿Y aun quién sabe si á la madre de Lucio le sucedería otro tanto? ¿Acaso me equivoco?

Sulpicia se volvió de espaldas para ocultar su turbacion; turbacion que, no obstante, fue pasajera.

—Vuestras hipótesis, contestó, no tienen sentido comun. Puesto que no he de conseguir consolaros, hasta la vista, hija mia; procurad desterrar vuestras lúgubres ideas, é invocad á los dioses protectores de Roma. Yo voy á orar á Júpiter Capitolino, á quien ofenden vuestra desconfianza y vuestras quejas.

Besó otra vez á su nuera en la frente, abrazó á su nieto, y se retiró á su habitacion.

—Hermana mia, dijo Cineas siguiéndola admirado con la vista; acabo de ver á Porcia, la mujer de Caton, ó á Cornelia, la madre de los Gracos. Ya no me asombra la intrepidez de tu Lucio. Y en último caso, Sulpicia tiene razon. Las lamentaciones nada consiguen, y tu dolor no protegerá á Lucio. ¡Por Apolo y las nueve hermanas! trasladémonos con la imaginacion á los jardines de Academus, ó estraviémonos juntos en los verdes senderos del Pindo. Precisamente aquí tengo dos escelentes manuscritos. Uno es un tratado nuevo de mi amigo Séneca; otro un cuento delicioso del cual me ha dado Apuleyo una copia la última vez que le vi. ¿Cuál quieres que te lea? ¿El alegre, ó el grave?

Elena, por única respuesta, hizo un ademan que significaba: gracias, ahora ninguno; mas adelante. Cineas volvió á doblar sus manuscritos.

—Mamá, dijo entonces Marco, que jugaba con las cintas del pelo de su madre, y que todavía no habia despegado sus labios; ¿por qué lloras? Dios tendrá cuidado de papá.

Elena cogió entre sus dos manos la cabeza del niño, y mirándole cara á cara:

—Queridito mio, le dijo: ¿qué piensas tú de Dios?

—¡Oh! dijo el niño sin turbacion ninguna; sé que Dios es el Señor, que todo sucede por su voluntad, y que nos ama.

—¡Nos ama! repitió Elena, á quien esta frase penetró hasta el corazón. ¡Qué pensamientos tan estraños tienes á veces, niño mio!

Cineas sintiose, por su parte, conmovido por el sentido profundo de aquella frase, que nunca habia leído en Platon.

—Sí, continuó el niño con un acento grave que contrastaba estrañamente con la picaresca gracia de sus sonrosadas mejillas; rezo á Dios por mi padre, por que nos le libre de las batallas; y cuando he rezado, ya no tengo ni miedo, ni pena.

—¿Rezas tú, un niño, al gran Dios?

—Sí, todas las mañanas y todas las noches; y tambien le rezo por ti, mamá, y tambien por mí mismo, para que crezca en edad y en saber; porque Dios ha dicho á los niños que se acerquen á Él.

Cineas miraba á Elena, y Elena miraba á Cineas; sorprendidos y alterados uno y otro hasta el punto de no poder dar crédito á sus oidos.

—No te comprendo, contestó Elena; nunca he sabido que Dios hubiese hablado á los hombres. ¿Cuándo ha dicho eso?

—Ya lo sabes, mamá; tú, que eres grande, lo sabes mejor que yo; pero quieres sin duda tantearme; ¿verdad?

—Supongamos que quiero poner á prueba tu saber. Explícate como si tu tío y yo nada supiésemos de todas esas cosas.

—Con mucho gusto, respondió Marco. ¿Quereis saber si soy aplicado? Pues bien; preguntadme.

—Te he preguntado cuándo habia permitido Dios á los niños que le rezasen.

—Aquel dia que, sentado en medio de sus discípulos, dijo á todos aquellos que querian apartar de su lado á los niños: «Dejad á los niños que se acerquen á mí, y no los detengais; porque el reino de los cielos es para aquellos que se les parecen.»

—¡El reino de los cielos es para aquellos que se les parecen!

—Sí, mamá, para aquellos que se parecen á los niños buenos, no á mí, seguramente, cuando soy malo. Es claro, mamá; Dios ha sido niño, y quiere siempre á los niños. Mi nodriza me ha enseñado unos versos que hablan de eso. ¿Quieres que te los diga, mamá?

La nodriza levantó, temblorosa, los ojos hácia el cielo, y balbuceó con un ardor que dejó asombrado á Cineas:

—Señor, ha llegado el momento; tarde ó temprano era necesario que llegase. ¡Poned, Señor, en su boca vuestra sabiduría!

—¿Qué significa todo esto? preguntó Elena á la nodriza con una curiosidad mezclada de indefinible angustia. ¿Qué significa...?

—Déjale, Elena, déjale decir los versos, exclamó Cineas.

—Escuchad, dijo el niño:

Cual un dia, es pasajera
Del hombre la frágil vida,
Y la encantadora infancia

Es la aurora de ese día;
 Venid, inocentes niños,
 Nuestras plegarias sencillas
 Elévense presurosas
 Y al Dios del cielo bendigan;
 No aguardemos á encontrarnos
 En las horas vespertinas,
 Porque Él, antes de la tarde,
 Nos da esta aurora bendita
 Todo el universo unido
 Cánticos de amor le envía:
 El águila entre las nubes,
 Donde se remonta altiva,
 El leon en el desierto,
 Las flores en la campiña,
 La voz del mugiente trueno
 En la tempestad bravía,
 En los azulados mares
 Las olas que el viento riza,
 Y los dulces pajarillos
 Entre las rubias espigas.
 No hay voz que al Señor no entone
 Cantos de amor y de dicha;
 Por eso si nuestros labios,
 Balbucientes todavía,
 Cantan del Dios poderoso
 La majestad infinita,
 De ese universal concierto
 Completarán la armonía.
 ¡Oh! sí, niños; que en la infancia,
 Cuando aun el alma es sencilla,
 Son tan ligeras las voces
 Que el labio infantil prodiga,
 Que como con alas suben
 Á los cielos, mas de prisa.

—¡Admirable! gritó Cineas. ¡Oh Platon! ¡Oh Eurípidas! ¿Dónde estais?

Y obligó al niño á repetir los versos tres ó cuatro veces, hasta que se los aprendió de memoria.

—Dime ahora, Marco: ¿dónde has visto que Dios ha sido niño, y que ha tenido discípulos?

—¡Toma! eso fue cuando bajó á la tierra y se hizo hombre, y habitó entre nosotros, y por nosotros murió en la cruz.

—¡Murió por nosotros! ¡Qué desengaño! exclamó Cineas haciendo un gesto de amargura: ¡lo absurdo sucede á lo sublime!

Este *murió por nosotros en la cruz* me hace el mismo efecto que una cuerda de lira que se hubiese roto en medio de un canto divino. ¡Qué desgracia! ¡Era demasiado hermoso para que durase! La fábula que han contado á Marco es indudablemente una reminiscencia embellecida, al par que adulterada por el genio oriental. ¿Conoces bien el Olimpo, Marco?

—Sí, contestó el niño; es decir, no sé si le conoceré bien. Conozco el cielo donde Dios subió á la diestra de su Padre. A veces, cuando miro el azulado cielo, me parece verle allá arriba, rodeado de sus ángeles, que le adoran, y de todos los hombres justos, sus escogidos, que pasan sus dias sin fin contemplándole, amándole, y cantando sus alabanzas; porque ya sabeis, tio, que solo las almas puras ó purificadas son admitidas á su presencia.

—Confieso, dijo Cineas, que eso es un Olimpo perfeccionado. Por desgracia es demasiado hermoso para las personas de mi edad. Dios no nos querría á los que ya hemos perdido la santa ignorancia de la niñez.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

No han sido escasos de emociones, ya que no de sucesos, los ocho dias que acaban de trascurrir desde nuestro último número. Segun el alboroto de los periódicos ministeriales, y las medidas tomadas por el gobierno, parecia que el mundo se nos venia encima, ó que Cabrera estaba á las puertas de Madrid.

«Es necesario, decian aquellos, aplastar la cabeza de la reaccion: hay que acabar con los carlistas: entiendan que la libertad la hemos conquistado nosotros para nosotros, no para ellos. Ellos son amantes del palo; pues palo en ellos.»

De esta manera discurrían los periódicos ministeriales, que en tal ocasion, como en todas las demas ocasiones, han demostrado mas su miedo que su sentido político y su sentido comun. Tratándose de ciertas gentes, no hay que pedir mas sentidos que los corporales.

El gobierno, poniéndose al nivel de sus incensarios en la prensa, ha resucitado la ley de orden público del año 1821, que, á pesar del infeliz preámbulo del Sr. Sagasta, y de todas las salvedades que en aquel se hacen, no pasa de ser una ley moderada, opuesta por todos sus cuatro costados al espíritu y á la letra de la flamante Constitucion democrática de 1869.

Los republicanos, como no podia menos de suceder, han protestado contra semejante ley, por ser atentatoria á los derechos individuales y á los principios proclamados por la revolucion setembrina. La protesta, enérgica y razonada desde el punto de vista republicano, está firmada por los hombres mas importantes de este partido.

La minoría republicana supone que el carlismo es un cadáver galvanizado, y que para combatirle no es menester apelar á los medios que solian emplear Gonzalez Brabo y compañía. Deduce, por consiguiente, que el gobierno, con esta conducta doctrinaria, quiere distraer y alarmar al pais para sorprenderle luego con la candidatura de Montpensier ó del príncipe Alfonso, y burlar de este modo á los republicanos. De aquí su protesta, y de aquí su decision de combatir á los carlistas por cuenta propia al grito de ¡Viva la república!

Estas determinaciones de los republicanos traen á mal traer á los ministeriales, que agotan el tesoro de sus halagos, cuando no el de sus denuestos, para atraerse á la minoría y evitar gran número de complicaciones que de esta division pueden surgir.

Cerradas las Cortes, la política de pasillos y cabildeos ha muerto. En cambio la política de accion violenta ha comenzado en las llanuras de la Mancha, donde una gran partida carlista se ha levantado en armas al mando del brigadier Sabariego.

Las noticias que circulan respecto de este suceso son contradictorias y numerosísimas. El parte oficial de la *Gaceta* da poca importancia á la partida, y dice que huye en completa disolucion.

Sin embargo, no se sabe nada positivo sino que hubo un encuentro, no solicitado sin duda por los carlistas, en el cual murió el teniente de húsares de Pavía, Sr. Nuñez, y algun carlista. Despues de este encuentro, parece que

los carlistas siguieron su marcha, evitando dar la cara á las tropas que van en su persecucion.

Algunos aseguran que la partida no pasa de ochocientos á mil hombres: otros dicen que llegan á 4,000 con 500 caballos, perfectamente equipados.

Dícese que entre los jefes está el general Polo, hermano político de Cabrera.

De todos modos, es evidente que la partida debe ser muy numerosa cuando han salido columnas en todas direcciones á perseguirla, columnas que formarán un total de 5,000 hombres.

Ademas no se dice que haya habido una accion formal, sino un encuentro, mas bien fortuito que buscado, despues del cual los carlistas no se dispersaron, sino que siguieron su marcha, por entrar sin duda en sus cálculos no presentar batalla por ahora.

En otros puntos de España reina gran agitacion; pero á estas fechas no se sabe que en parte alguna se haya secundado el movimiento prematuro de la Mancha.

Parece que en Valladolid ha sido preso el brigadier Mogrovejo, que tanto se distinguió en la guerra de África, y que es considerado como uno de los jefes mas valerosos y entendidos del ejército español.

En Pamplona ha habido tambien prisiones, entre ellas la del capitan de artillería Sr. Aguado. Así lo dice *La Época*. Ademas ha sido muerto, no se sabe cómo ni por qué, un carlista que se suponía complicado en una conspiracion. Dícese que lo mató el mismo brigadier Lagunero, pero nos resistimos á creerlo. Sin embargo, es seguro que el gobierno no dirá la verdad de lo sucedido.

Esto es lo mas sustancial y grave de lo que se ha dicho en estos dias. Dispensen nuestros lectores que no nos entretengamos en hacer consideraciones, porque la gravedad de las circunstancias nos obliga á ser muy parcos en todo.

CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

FONTAINEBLEAU 24 de julio.

Huyendo de las noticias de *La Correspondencia*, hemos venido á esta residencia, que no me atrevo á llamar imperial por los tristes recuerdos que tiene para la dinastía de Napoleon. Pero no se escapa uno así como quiera de *La Correspondencia*. No la recibimos, pero todas sus noticias nos vienen en los despachos telegráficos de los periódicos de Paris; y en verdad, tales son ellas, que nos alarmarian profundamente si no tuviéramos especialísimos motivos para no alarmarnos. ¿Conque D. Carlos ha entrado en España? ¿Conque está en la frontera? ¿Conque no se sabe dónde está? ¡Vaya un periódico de noticias, *La Correspondencia*, que llena sus números durante ocho dias con afirmaciones que se contradicen unas á otras, y de las que nada se saca en limpio!

Sin embargo, algo hay que nos choca mas que la charla sin efecto del periódico montpensierista, y es la conducta por de mas inverosímil de los hombres de la gloriosa. Allá por los años de 34 á 35, cuando Carlos V entró en España para ponerse al frente de un ejército ya organizado, y en muchos combates victorioso, el moderado Martinez de la Rosa, fingiendo serenidad y plagian-

do á Luis XVIII, exclamó: «No hay que apurarse; es un faccioso mas.» Hoy no hay en España ejército alguno carlista; Carlos VII no ha entrado en España; y, á pesar de eso, los héroes de Cádiz y Alcolea, esos ilustres é invencibles guerreros, los Serrano, los Prim y los Topete, dueños del ejército y apoyados por 300,000 voluntarios con armas, se afectan y tiemblan de tal modo ante la sola idea de que se vean enfrente de un jóven de veintidos años, que trastornan el órden administrativo de todo el pais, y apelan á todos los medios para librarse de un enemigo invisible, y que en todo caso ha de mostrarse solo y desarmado.

En vez de charlar tanto y tan sin fruto, *La Correspondencia* debia explicarnos este fenómeno, debia decirnos cómo y por qué se señala tanta fuerza en la debilidad de un jóven desamparado, y tanta debilidad en la fuerza de un gobierno de una situacion que cuenta con las bayonetas de 100,000 soldados, el vocerío de 300,000 voluntarios, y la buena voluntad, el singular heroismo y el profundo arte estratégico del dignísimo nieto de Felipe Igualdad. Y por cierto que en la explicacion de ese fenómeno encontraria tal vez la del que se halla tambien en lo que sucede con su Montpensier querido. Porque al fin no se explica que, estando el popular Montpensier en España, aunque al gobierno le faltaran ejército y voluntarios, abrigase el menor temor por un candidato tan odiado como Carlos VII; ni por otra parte se comprende que inspirando Carlos VII tanto temor, con solo que se crea se acerca á la frontera de España, de Montpensier, que se halla dentro de ella, no se haga ya ningun caso ni se acuerden, de él otras gentes que sus consocios en el tráfico de naranjas.

Aparte de esto, nos ocurre una reflexion: si sin haberse movido, porque esto ni viaje puede llamarse, tiembla *La Correspondencia* y tiembla el gobierno, y se aumenta la perlesía constante de D. Antonio en los términos que indican las palabras de los unos y los actos de los otros, ¿qué sucederá el dia que verdaderamente pase la frontera? Dejemos esa consideracion á un lado; pero en cambio tenemos que decir que Carlos VII pasará la frontera.

Y como quiera que esa es la gran cuestion para España, y que aquí, aunque á corta distancia de Paris, nada sabemos, porque todos estamos reponiéndonos de las emociones pasadas, y preparándonos para las fatigas venideras, me despido de Vds. y de nuestros lectores hasta que... Dios quiera.

CRÓNICA DEL CONCILIO.

El Papa ha manifestado intencion de presidir en persona el Concilio ecuménico.

La organizacion y preparacion del Concilio están confiadas á una comision central ó directiva, compuesta de seis Cardenales, cada uno presidente de una comision especial, á las que están agregados cierto número de consultores. El objeto de esta comision es clasificar las peticiones y consultas enviadas por los Obispos de todo el universo, y remitirlas á las comisiones competentes; recibir todas las decisiones tomadas por estas comisiones,

someterlas á un exámen severo y un estudio profundo, y, en fin, entenderse directamente con el Soberano Pontífice sobre todas las materias sometidas al Concilio.

La comision central está compuesta de los Cardenales Bilio, Reisach, Caterini, Bizzarri, Barnabo y Panebianco, siendo secretario Mons. Gianedi, Obispo *in partibus*. Á esta comision central están agregados varios consultores, Obispos, Abades y PP. de la Compañía de Jesus.

Hay ademas otras seis comisiones, presididas cada una de ellas por un Cardenal de los citados: comision de teología dogmática, compuesta de diez y siete consultores, y presidida por el Cardenal Bilio; comision político-religiosa, trece consultores, bajo la presidencia del Cardenal Reisach; comision de disciplina eclesiástica, catorce consultores, bajo la presidencia del Cardenal Caterini; comision de regulares, nueve consultores, bajo la presidencia del Cardenal Bizzarri; comision para los asuntos orientales, catorce consultores, bajo la presidencia del Cardenal Barnabo; comision de ritos y ceremonias, de la cual son consultores todos los maestros de ceremonias de la capilla pontificia, que preside el Cardenal Panebianco.

A estas comisiones se unen frecuentemente consultores de diversos paises. La comision mas importante es la de teología dogmática; pero la que acaso escita intereses mas general, es la comision presidida por el Cardenal Reisach, cuyos trabajos se refieren á las relaciones de la Iglesia católica con los gobiernos y con la sociedad civil.

Con objeto de perpetuar para siempre la memoria del Concilio ecuménico que se abrirá el 8 de diciembre del presente año, se ha resuelto levantar en Roma un monumento que le eternice. Parece que la Providencia misma ha sugerido la idea, haciendo salir del suelo (simultáneamente con la invitacion del Soberano Pontífice á los cismáticos y á los protestantes) esta admirable columna pagana, venida de África para glorificar sin duda los triunfos de un César, y que Dios ha hecho detener, durante diez y seis ó diez y siete siglos, á la entrada de Roma, vírgen de una consagracion que la hubiera manchado, reservando su frente intacta para el recuerdo del gran pensamiento de Pio IX. Esta columna, viajera de la antigüedad, desembarcada en la orilla del Tíber casi al principio de nuestra era, no ha salido enteramente todavía de su cuarentena subterránea; no está desenterrada mas que la mitad. Tiene siete palmos romanos de diámetro, y su parte visible mide veintisiete de longitud. Se ha escogido, segun parece, para erigirla la plataforma de San Pedro in Montorio, en la colina del Janículo.

IMPORTANCIA DEL PRÓXIMO CONCILIO.

La definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion, la canonizacion de 1862, el *Syllabus*, el centenario de San Pedro y el Jubileo de este año, no solo forman época en el pontificado de Pio IX, ya por tantos títulos glorioso, sino que han de considerarse como acontecimientos únicos en los fastos de la Iglesia. Y sin embargo, el próximo Concilio ecuménico del Vaticano los aventajará á todos en intrínseca importancia, en sus efectos y consecuencias, y acaso en brillo y celebridad y en otras circunstancias accesorias. La razon así lo dice,

y de ello está convencido el mundo católico. De aquí el empeño de Pio IX en reunir el mayor número que sea dado de oraciones para alcanzar gracias especiales sobre la Iglesia congregada en Concilio. Pidiolas á los Obispos y fieles en la Bula de la convocacion, y ahora con Letras Apostólicas, fechadas el dia 11 de abril, que fue el de su Jubileo sacerdotal, Pio IX vuelve á escitar á los Prelados y á los católicos que no cesen de invocar el Espíritu Paráclito á fin de que en el Concilio «se establezca todo lo que haya de redundar en provecho de la salvacion del pueblo cristiano, honra, gloria, felicidad y paz de la Iglesia católica.» Y con el objeto de que estas plegarias sean mas numerosas y mas eficaces, el Padre Santo concede á los que ofrecieren ciertas oraciones y practicaren ciertas obras buenas, una indulgencia plenaria en forma de Jubileo, con los mismos privilegios y gracias que la Santa Sede suele conceder en las ocasiones de mayor trascendencia. Tan notable documento se insertó en el número 6 de la Revista. El tiempo santo del Jubileo ha empezado el 1.º de junio próximo pasado, y durará hasta el fin del Concilio.

Otra prueba de la importancia inmensa del Concilio la tenemos en el interes que acerca de él toma la prensa europea. Que lo tome la prensa católica, no es de extrañar; pero dice mucho que lo tome la no católica. Ya saben nuestros lectores que en Alemania los periódicos de mas cuenta tienen su *Crónica del Concilio*, y que el *Diplomatic Review* de Inglaterra consagra artículos al mismo asunto. Hoy tenemos que el *Pall Mall Gazette* y el mismo *Times* han adoptado tambien la *Crónica del Concilio*. Rogamos, pues, á nuestros lectores sean sumamente cautos en prestar fe á las noticias que nos refieran. Los corresponsales que tienen en la ciudad santa no son los mas idóneos. Sin poner en duda su buena fe, es cierto que, por su posicion, como por las tradiciones de Roma, no les será fácil acudir á fuentes puras. Además, la ignorancia increíble que revelan de la doctrina, disciplina, tradiciones é ideas católicas, les hace incurrir en errores cuya falsedad un católico discierne con certeza y facilidad suma; así, el *Times* asegura que los redactores de la *Civiltà Cattolica* tienen un Breve pontificio para publicar todo lo que crean conveniente acerca del Concilio, y el *Pall Mall Gazette* sostiene que algunos Obispos protestantes de Inglaterra (puseistas) han manifestado intenciones de someterse á la Iglesia católica, y que el Sumo Pontífice los acogió tan benevolmente, hasta prometerles podrian conservar sus mujeres, pero á condicion que pertenecieran al rito griego, y no al latino. Para todo católico tales aserciones no son mas que *un contrasentido* pura y simplemente, como lo es la otra asercion de este mismo periódico que «la mayor parte de los Cardenales y Prelados romanos, sin escepcion,» son contrarios al Concilio ecuménico.

El telégrafo da una cierta confirmacion á las disposiciones referidas de algunos Obispos anglicanos. Un telégrama de Lóndres de 1.º del corriente indica que varios periódicos, en contestacion al *Standard*, que lo habia negado, confirman la noticia de que gran número de Obispos anglicanos asistirá al Concilio ecuménico para discutir las condiciones y los medios de volver al seno de la Iglesia romana.

Desearíamos de lo íntimo de nuestro corazon que

esta noticia se realizara; sin embargo, debemos confesar que hasta la fecha no nos inspira mucha confianza. El mejor partido creemos sea el de suspender todo juicio.

Mil conjeturas se forman acerca de la duracion del Concilio. Escusado es decir que nada de fijo puede asegurarse. *Le Monde* observa que los primeros cuatro Concilios generales, llamados por San Gregorio el Grande los *cuatro Evangelios de la Iglesia*, duraron muy pocos meses. Lo que prolonga los debates no son las cuestiones de dogma; son las relativas á la disciplina. No falta quien crea que el del Vaticano no durará mas que pocas semanas. Aunque esto nos parezca sobremadira difícil, creemos, sin embargo, ha de ser uno de los mas breves. Para pensar así tenemos poderosas razones. En el estado actual de Europa, y en particular Italia, hay que temer puedan á cada momento surgir complicaciones que no permitan la continuacion del Concilio; y los Padres, previendo tal eventualidad, es natural procuran prevenirla dejando terminadas cuanto antes sus tareas. Ha de tenerse tambien presente que á fin de asegurar se planteen con esperanzas de estabilidad las reformas adoptadas por el Concilio, es del mas alto interes, no solo que desde luego se lleven á cabo bajo la autoridad, direccion y vigilancia de quien convocó el Concilio, y á cuya iniciativa débense la mayor parte y las mas importantes reformas sancionadas en él, sino tambien que planteándose las mismas bajo su ojo paternal y apostólica solicitud, echen suficientes raices y se consoliden de manera que continúen firmes su marcha y alcancen los frutos apetecidos. Ahora bien: si el Concilio Vaticano hubiera de durar como el de Trento, que, empezando en 1545, no concluyó hasta el 1563, es claro que suponiendo fuera dado á Pio IX asistir á la conclusion, llegado á la edad de los noventa y cuatro años que entonces tendria, seria humanamente imposible pudiera con la actividad y energía requeridas echar mano á la ardua empresa del planteamiento de las reformas conciliares, y mucho mas difícil el verlas arraigarse y consolidarse.

Por último, no debemos olvidar que en nuestros dias, rodeados los fieles de gravísimos é innumerables peligros, y en el momento que, á causa del movimiento extraordinario que reina en la Iglesia, se han echado apenas los cimientos de mil nuevas fundaciones que reclaman la mas esmerada vigilancia, una larga ausencia de los Prelados de sus diócesis no podria menos de ser seguida de funestísimos resultados.

En vista de estas consideraciones, y pensando que la Cuaresma sea la época en que mas necesaria es la presencia de los Obispos en sus diócesis, somos de parecer que estos y el Padre Santo se esforzarán para concluir los trabajos del Concilio en tiempo para poder celebrar en sus diócesis la consagracion de los óleos. No ignoramos que tres meses, pues ese es el tiempo del que en nuestra suposicion podrian disponer los Prelados, es bien reducido para la empresa inmensa que el Concilio tiene ante sí; pero no olvidemos que las comisiones preparatorias, que por casi dos años han trabajado sin levantar mano, abreviarán y facilitarán considerablemente la obra de los Obispos, y que, en todo lo concerniente al dogma, como en los principales puntos disciplinares, reina entre el Episcopado mismo y con la Silla apostólica la mas

perfecta union; circunstancia altamente favorable al pronto despacho de la mision del Concilio. Convenimos que, á pesar de estas ventajas, no es imposible queden aun por zanjar algunos puntos disciplinares de secundaria importancia, y otros detalles por concluir. En tal caso, para no detener por mas largo tiempo á los Obispos, será fácil que estos nombren una comision de entre los miembros y teólogos del Concilio, que, presidida por un eminentísimo purpurado, y bajo la autoridad del Soberano Pontífice, corone la obra del Concilio, y atienda hasta á sus mas pequeños pormenores.

Añadamos una observacion mas sobre el Concilio. Las aclamaciones con que el mundo católico acaba de saludar á Pio IX en ocasion de su jubileo, no son exclusivamente personales; en la mayor parte lo felicitan, lo aplauden y le dan las gracias por la convocacion del Concilio. El número de oraciones que ya se han ofrecido para el Papa y para el Concilio son incomparablemente mas numerosas de las que se hayan hecho para ningun otro Concilio. El Jubileo coincidió con la fiesta de San Leon, Papa, á quien los Padres del Concilio de Calcedonia aclamaron de la manera mas fervorosa y mas entusiasta; coincidió tambien con el domingo *Bonus Pastor*, y el Buen Pastor, fiel á su divina mision, llama con dulzura sin igual á sus ovejas descarriadas, para que en el Concilio se reunan al rebaño de Jesucristo, el Pastor eterno.

Como corona de cuanto narramos acerca del Jubileo de Pio IX, mucho podríamos añadir de lo que desde entonces nos han referido los periódicos; pero, para no ser indiscretos, nos limitaremos á decir que los católicos de los Estados-Unidos de América han enviado al Padre Santo 1.000,000 de francos en lingotes de oro, y otra suma igual los católicos de Australia. En todo calcúlase que lo ofrecido á Pio IX pasa de veinte millones de francos.

DATOS Y DETALLES IMPORTANTES SOBRE EL PRÓXIMO CONCILIO.

SUMARIO. 1. Interes universal.—2. El galicanismo y el Concilio.—3. El gobierno de Víctor Manuel y el Concilio.—4. El protestantismo alemán y el Concilio.—5. Espíritu de las Revistas alemanas.—6. Movimiento de Inglaterra favorable al Concilio.—7. Esfuerzos de algunos periódicos contra el Concilio.—8. Secreto con que procede la Consulta del Concilio.—9. Noticia sobre algunas resoluciones del Concilio.—10. El gobierno francés y el Concilio.—11. Trabajos artísticos.—12. Columna monumental.—13. Disposicion del local.—14. Taquígrafos.—15. Falsos rumores sobre la celebracion del Concilio.—16. Noticias varias.—17 y 18. Libros notables sobre el próximo Concilio.—19. Circular de la Iglesia protestante prusiana.—20. El primer dia del Concilio.

1. La solícita ansiedad con que se espera el próximo Concilio ecuménico, crece diariamente de una manera visible. Amigos y enemigos, católicos y no católicos, confiesan, cada uno á su manera, que es el suceso mas trascendental y decisivo de nuestros dias. Sobre tan importante asunto casi todos los Obispos franceses han dirigido Pastorales á sus fieles exhortándolos á invocar la bendicion de Dios para que el Concilio se reuna, y para que el Sumo Pontífice y el Episcopado, guiados por el Espíritu Santo, adopten aquellas medidas que reclaman el bien de las almas, la Iglesia y la sociedad toda.

2. El decrepito galicanismo francés, previendo, no sin razon, que el Concilio acortará sus ya breves dias, hace supremos esfuerzos para alargarlos. En vano, pues ahora todo hace creer que el Concilio definirá artículo de fe la infalibilidad del Sumo Pontífice; definicion que

concluirá con el galicanismo, cuyos partidarios tendrán, ó que guardar silencio, ó que colocarse en abierta oposicion con la Iglesia. Por fortuna los galicanos son ya contados, y no nos es difícil pronosticar que este número quedará aun mas reducido apenas el Concilio haya concluido sus trabajos. En efecto: hoy no cabe duda que la definicion mencionada es el voto y la aspiracion de la Iglesia entera. ¡Admirables juicios de Dios! En Francia nació y floreció el galicanismo, y sus mas acérrimos defensores fueron el Episcopado y el clero francés; y bien: hoy es en Francia, y en modo particular por sus Obispos y sacerdotes, donde se desea con mayor ardor que el Concilio pronuncie dogma de fe la infalibilidad de la Silla Apostólica, siempre que en materias de fe y moral hablare *ex cathedra*. Y esto decimos, no por aéreas suposiciones ó débiles conjeturas, sino fundados en las explícitas declaraciones de un número crecido de Obispos y sacerdotes franceses que en sus escritos sostienen la doctrina indicada, y piden sea constituida parte integrante de la fe católica. Así tambien leemos en el cuaderno de *La Civiltà Cattolica* del 3 de abril, y con referencia al Concilio, que de sus numerosos correspondientes llegábale la seguridad de que un crecidísimo número de católicos, reputados liberales, habian querido sincerarse de toda sospecha de poca adhesion á la Iglesia y á la Silla Apostólica, habiendo protestado elocuente y enérgicamente de su sumision plena y sincera á la Bula *Quanta cura* y al *Syllabus*.

3. Otro indicio evidente del interes que inspira el Concilio, lo ofrece lo mucho que acerca de él se preocupa el gobierno de Víctor Manuel, bajo cuyos auspicios ha sido impreso en la Imprenta Real un opúsculo en francés, intitulado *El Concilio ecuménico y los derechos del Estado*, que habia aparecido en separados artículos en *La Correspondencia Italiana*, órgano del Sr. Menabrea, y del cual el gobierno ha distribuido mas de treinta mil ejemplares en las capitales extranjeras. En el citado escrito se sostiene que el Concilio pone en peligro los derechos del Estado, «y que es necesario impedir introduzca entre las naciones nuevos elementos de discordia, falseando la conciencia católica.»

4. En sentido muy opuesto al del gobierno florentino piensan los protestantes alemanes, que hace algun tiempo procuran seriamente averiguar sus deberes con respecto al Concilio. Para el 31 de mayo se convocó un congreso en la Alemania del Sud, con el objeto de deliberar lo que hubiere que hacer en tan solemne é importante ocasion. Es el Concilio un tiempo de salud, y todo hace esperar que los alemanes no lo desperdiciarán.

5. Entre los seculares obsérvase en Alemania aun mayor interes acerca del Concilio que se observa entre los de Francia. Todas las Revistas allá tienen sus *Crónicas del Concilio*. Entre ellas, han de enumerarse la *Literarischer Handweiser*, de Münster; la *Literaturblatt*, de Bona, y la *Feuilles historiques et politiques*, de Mónaco. Refiriéndose este periódico á la decision del Consistorio luterano de Berlin (*Oberkirchenrath*), que rechaza la invitacion pontificia, observa oportunamente que los que se adhieren á la Confesion de Augsburgo deberian ser los últimos en adoptar tal línea de conducta, puesto que los autores de la Confesion pedian con instancia se convocara un Concilio con el objeto de asistir á él. El libro del

protestante Baumstark ha visto ya la duodécima edicion. Sus correligionarios en Alemania y Suiza se esfuerzan en contrarestar sus efectos. La Sociedad de pastores (ministros protestantes) de Ginebra ha dirigido á los protestantes de todo el mundo una Encíclica ginebrina, en que, si bien con lisonjeros elogios de Pio IX, disuaden á los suyos de aceptar la paternal invitacion. El Obispo de Montpellier se dispone á contestar á los pastores referidos. Por último, el profesor protestante Schenkel avisa á sus correligionarios que sus iglesias *son parecidas á naves que hacen agua*; que el próximo Concilio las amenaza con ruina final, y que los Obispos alemanes católicos favorecerán la doctrina de la omnipotencia papal.

Ya conocen nuestros lectores el interes que los protestantes de Alemania toman acerca del Concilio.

6. Hoy debemos añadir que no faltan síntomas de que los de Inglaterra participan de aquel movimiento. *The Diplomatic Review*, periódico notable que se publica en Lóndres el primer miércoles de cada mes, contiene un mensaje protestante al Pontífice, con el aviso de que sus lectores de la ciudad y de afuera podrán hasta fin de mes firmarlo en su oficina ó por cartas. Objeto de este mensaje es implorar que Pio IX proclame de nuevo, sea por sí, sea unido al Concilio, la observancia de las leyes de justicia natural por las naciones civilizadas y cristianas en sus relaciones con las paganas y no civilizadas. Y en un artículo de la misma Revista se leen las siguientes confesiones: «Pronunciamos las palabras del Papa como testos; de sus máximas sacamos nuestras consecuencias, y vemos en el cumplimiento de su obra la única esperanza para la conservacion de la sociedad europea. La autoridad del Papa es la ley...; nuestro deber es el de anunciar explícitamente esta verdad, que la cristiandad ha de ver predicada nuevamente.» Además de esta importante declaracion, tenemos la del Rdo. E. N. Urquhart, que en un *meeting* de *La Union de la Iglesia anglicana*, presidido por el honorable y Rdo. C. L. Courtenay, en South-Devonshire, aseguró «que la separacion de la Iglesia y del Estado no estaba lejana, y aconsejó al partido anglicano procurara la reunion con la Iglesia de Roma, y enviara representantes al Concilio para estipular las condiciones con la Silla de Roma.» En boca de un eclesiástico anglicano este lenguaje, no dejará de parecer extraño, y es probable que otros le imiten. Sin pretender ser órganos del Padre Santo, ni intérprete de sus sentimientos; sin embargo, es fácil prever que la sola estipulacion posible es la de la sumision ilimitada á la Silla Apostólica. Podrán fijarse condiciones á las autoridades humanas y falibles; á las infalibles y divinas no puede proponérsele mas que obediencia y fe.

7. Conforme se va acercando la apertura del Concilio ecuménico, la prensa hostil á la Santa Sede redobla sus esfuerzos para escitar las pasiones y despertar las desconfianzas contra las tendencias que persiste en atribuir al programa del futuro Concilio. Con ese objeto se publican supuestas correspondencias de Roma, en las que se formulan cuestiones y materias sobre las que el Episcopado del mundo católico seria llamado á deliberar.

El *Memorial Diplomático* dice haber recibido una carta de una de las personas mas autorizadas de Roma, en la que se advierte que nadie, á escepcion del Papa y de la Consulta encargada de preparar las materias que

han de someterse al Concilio, sabe positivamente lo que contendrá el programa de que se trata.

8. La Consulta, compuesta de unos treinta individuos elegidos entre los Prelados y los profesores mejor reputados por la pureza de sus doctrinas y su gran ciencia, y pertenecientes á todas las nacionalidades, á fin de que tenga un carácter esencialmente católico, se halla comprometida por un juramento solemne á guardar el secreto hasta que el programa se haya hecho público por orden del Papa. Este secreto se observa con tal rigor, que habiendo ido últimamente á Francia un Prelado francés que forma parte de la Consulta, le prohibió el Padre Santo que revelase nada de los trabajos de aquella, como no fuese al Nuncio apostólico en Paris.

9. A pesar de esta reserva, han circulado noticias sobre algunos puntos que se dice han de resolverse en el Concilio; noticias que nosotros damos con prudente reserva.

Segun afirma un autorizado periódico de Paris, el Concilio dictará dos resoluciones muy importantes: primera, estender las facultades episcopales sobre dispensas; segunda, facilitar las apelaciones del clero á Roma.

El Concilio se ocupará muy principalmente de la prensa. En la fecundidad actual para producir sin cesar libros, folletos y periódicos, no es posible que la Sagrada Congregacion del Índice examine y califique todas las publicaciones para preservar á los fieles del veneno de las malas doctrinas. Los Obispos quedarán probablemente autorizados para nombrar comisiones que examinen, condenen y prohiban las obras y los periódicos que aparezcan en sus diócesis. La Santa Congregacion del Índice quedará como un Tribunal de apelacion para las reclamaciones de los autores.

Segun una correspondencia de Paris, en el futuro Concilio se piensa proponer que se declaren artículos de fe la Asuncion de la Virgen y la infalibilidad del Papa. No creemos que esto sea exacto, porque no hay ni la precision de nuevos dogmas, ya sancionados algunos por la cristiandad, ó espuestos otros á ocasionar dudas.

Lo primero no parece probable; lo segundo es una idea reconocida cuando habla *ex cathedra*.

El Concilio ecuménico florentino (1438) decretó la supremacía de honor y de jurisdiccion del Romano Pontífice sobre la Iglesia universal. Es harto probable que el ecuménico del Vaticano (1869) defina la infalibilidad cuando decide *ex cathedra* en todo lo concerniente á la fe y á la moral.

Habrán diez y ocho stenógrafos (taquígrafos): tres para Italia, España y Portugal; cuatro para Francia; siete para Inglaterra, Irlanda, Escocia y las Américas, y cuatro para los países alemanes, presididos por D. Virginio Marchesi.

Hé aquí, pues, cómo hasta en estos pormenores secundarios se procede en Roma con esquisito cuidado y prudencia; hé aquí cómo se utilizan oportuna y dignamente los nuevos adelantos de la época, y cómo, en fin, aun en las cosas exteriores y accesorias, parece mostrar la Iglesia un reflejo de aquel supremo acierto que respecto á las principales y propias de su mision le ha asegurado su Fundador divino, pudiendo aplicarse al caso, si, á la inversa del desterrado del Ponto, nos es lícito usar de pequeños ejemplos en grandes cosas, aquella frase

francesa, segun la cual hasta cuando andan sobre el suelo las aves, se echa de ver que tienen alas: *Même quand l'oiseau marche, on sent qu'il a des ailes*.

10. Se obstinan los noticieros en creer que la confianza abrigada por el gobierno francés acerca del Concilio se ha trocado en recelo, con la sola diferencia que ayer lo inferian del silencio observado por el gabinete imperial, y hoy se fundan en un despacho *confidencial* dirigido por el ex-ministro de Estado al embajador francés en Roma. Segun el corresponsal del *Pall Mall Gazette*, el marques de La Valette habria manifestado la satisfaccion de su gobierno por lo adelantados que se encuentran los preparativos para el Concilio, prometiendo el brazo de Francia para mantener su seguridad é independencia cuando llegare á celebrarse. Pero esta satisfaccion y esta promesa no serian, segun el mencionado corresponsal, mas que un artificio para suplicar al Padre Santo no permitiera se agitaran en él las delicadas cuestiones de la infalibilidad del Sumo Pontífice, de los artículos orgánicos y del galicanismo.

Sin detenernos á examinar la inverosimilitud suma de que un despacho *confidencial* y de tan delicada naturaleza haya sido comunicado al corresponsal del *Pall Mall Gazette*, observemos que el gobierno francés, habiendo hecho el año pasado ofrecimientos tan espontáneos y tan ilimitados acerca del Concilio, no es probable quiera ahora restringirlos y ponerse consigo mismo en abierta contradiccion. Además, no es posible suponer que el gobierno francés, tan entendido y conecedor del espíritu y de los sentimientos de la Sede Apostólica y del Episcopado católico, haya echado mano de un recurso cuyo resultado hubiera sido diametralmente opuesto al objeto que se proponia.

Los periódicos se han fijado en el incidente ocurrido en la sesion del 10 de abril, en que M. Emilio Ollivier interpeló nuevamente á M. Baroche sobre el futuro Concilio, y se tiene por notable, en interes de la Santa Sede, la contestacion del ministro.

Hé aquí la interpelacion:

«M. Baroche (ministro de Gracia y Justicia y de Cultos): El honorable M. Emilio Ollivier tiene á bien hacerme tres preguntas:

«1.^a ¿Serán libres los Obispos para ir al Concilio? — Sí, sí; incontestablemente. (*Muchas voces: ¡Bien, bien! ¡Muy bien!*)

«2.^a ¿Cómo irán? Es decir, ¿irán con toda la libertad de su conciencia, de su parecer, y sin acuerdo previo entre ellos y el gobierno?—Respetamos demasiado á los miembros del Episcopado francés, y tenemos demasiada confianza en su sabiduría y en su amor al país, para intentar influir en sus decisiones, ni menos establecer acuerdo alguno entre ellos y el gobierno. (*¡Muy bien!*) Irán á Roma con su dignidad personal, con su independencia, con su patriotismo. (*Vivas y numerosas señales de aprobacion.*)

«3.^a ¿Se hará representar el gobierno en el Concilio? —El gobierno no puede responder en abril de lo que hará en diciembre.»

Una carta de Roma, publicada por un periódico francés, asegura que el Padre Santo ha declarado que el Concilio se reunirá aunque estalle una guerra y surjan graves dificultades, y que si hubiese de diferirse su aper-

tura, sería por muy breve tiempo. Por lo demás, esta ha sido siempre la convicción de Pio IX; y á pesar de los pronósticos de ciertos agoreros, creemos que el Concilio del Vaticano se reunirá en el mismo día fijado en la Bula *Æterna Christi munera*.

11. Los artistas romanos están preocupándose de la gloria que les tocará en el próximo Concilio. La Iglesia, siempre protectora generosa de las artes, ha cuidado de que aun en los Concilios tengan su parte. Es opinión hoy muy recibida que los frescos descubiertos recientemente en la antiquísima iglesia de San Clemente representan al Concilio romano, en el que San Zósimo, Papa, hubiera condenado los errores de Celestio. Para el Concilio XIX de Letran pintó el célebre Rafael de Urbino la famosa *Disputa del Santísimo Sacramento*; modelo acabadísimo en la idea, en la elección y actitud de los personajes que en ella figuran, como en el dibujo y colorido, y que forma una de las principales glorias de las galerías vaticanas. Asegúrase que Pio IX se propone dedicar al próximo Concilio del Vaticano el cuadro del Sr. Podesti, que representa la definición de la Inmaculada Concepción, y que ahora también es uno de los mayores adornos de las referidas salas. Los más hábiles artistas trabajan ya en preparar bocetos y modelos para que, sobre lienzo ó en mármol, sus obras, recordando el Concilio vaticano, pasen con sus nombres á la más remota posteridad.

12. Aun no se comenzó el Concilio, y ya se habla en Roma, y todavía más fuera de Roma, en muchos periódicos del diseño de una columna monumental. Hasta ahora no es más que una idea propuesta por algunos con cierta variedad; pero nos place referirla con las bellas palabras de la *Revue du Monde Catholique* del 25 de febrero, pág. 622, aunque no salimos garantes de todos sus detalles:

«Nuestros lectores tienen noticia del descubrimiento hecho el año pasado por el conde Visconti del *Emporium* romano, á lo largo del Tíber, y saben también que se están encontrando mármoles preciosos en este *Emporium*, que era como la escala general de los mármoles más raros de Europa, Asia y Africa en tiempo de los Césares. Entre estos mármoles se encuentra una gran columna del más puro mármol africano, y es, entre los monolitos conocidos, uno de los más bellos.

»El inmortal Pio IX ha determinado que se erija esta columna, que es la admiración de los romanos, delante de la iglesia de San Pedro Montorio, junto al sitio donde fue crucificado el Príncipe de los Apóstoles. Es este uno de los puntos culminantes de Roma, desde donde abraza la vista un inmenso horizonte.

»La base de la columna descansará sobre tantas piedras cúbicas de mármol, traídas también del *Emporium*, cuantos sean los Prelados que asistan al Concilio. Cada Prelado colocará su piedra, después de haber grabado su nombre y su título. Una estatua colosal de San Pedro, en bronce coronará la columna, que se llamará *del Concilio*, en memoria del Ecuménico Vaticano. Así los Césares romanos, sin saberlo, habrán cooperado á la glorificación de la verdad y de la Iglesia de Jesucristo.»

13. En lo que toca á la disposición del local, poco tenemos que añadir respecto de lo que ya saben nuestros lectores, por más que se hayan introducido algunas mo-

dificaciones en los planes al principio adoptados. El Padre Santo ha visitado durante el mes anterior los trabajos que se están haciendo en el ala derecha del crucero del magnífico templo de San Pedro. Parece que habrá catorce órdenes de asientos, colocados en forma de anfiteatro, y que cada Obispo tendrá delante el correspondiente pupitre. Desde una á otra cornisa se tenderá un grande *velarium*, con el objeto de que pueda ser mejor oída y no se pierda en la extensión de la bóveda la voz de los oradores. Omitimos otros detalles para ocuparnos especialmente del que pretendíamos señalar á la atención de los lectores, y es la manera en que los diferentes discursos han de ser conservados por medio de la taquígrafía.

14. Este notable adelantamiento de los tiempos modernos, completando en cierta manera los prodigios de la escritura y las maravillas de la imprenta, permite seguir, por medio de abreviadas cifras sobre el papel, el movimiento rápido de la palabra. Pero su aplicación á las sesiones del próximo Concilio ofrecería algunos obstáculos, que grandemente la dificultarían si con tiempo no se hubiese atendido á prevenirlos. En efecto: aunque en las diversas Cortes de Europa se encuentran hombres hábiles y ejercitados en dicho arte, están acostumbrados á copiar discursos pronunciados en el idioma particular de su país, y sabido es que en el Concilio no ha de usarse ninguna de esas lenguas, sino la latina, idioma universal de la Iglesia. Conocido es también que el latín no se cultiva en muchas naciones con el merecido cuidado y aprecio, resultando de esto que generalmente se hallan los legos bien poco familiarizados con el hermoso idioma de Cicerón y Virgilio. Hé aquí, pues, una primera dificultad.

Además, para seguir con éxito la velocidad de la palabra por medio de las notas taquígráficas, no basta que el que las emplee se halle versado en la lengua que se usa en el discurso. Conviene que tenga además nociones de la materia sobre que este recae, del lenguaje técnico de aquella ciencia. ¿Cómo en las Asambleas políticas podrían interpretar fácilmente los taquígrafos las discusiones, si no estuviesen versados en el sentido general y en el lenguaje propio de las cuestiones que allí ordinariamente se ventilan? Así, pues, para taquígrafiar bien los discursos del Concilio deberán los encargados de ello poseer también conocimientos de teología y Derecho canónico.

¶ Pero á más de estas, todavía quedaba otra dificultad que, si no esencial, era, con todo, opuesta á la mayor expedición y rapidez de la transcripción; es á saber: la oscuridad que podría surgir de las diferencias de pronunciación respecto al latín en una Asamblea donde se reunirán oradores de todas las diversas naciones. Perdida, al menos en parte, la verdadera pronunciación del idioma del antiguo Lacio, los pueblos modernos han acomodado más ó menos los vocablos latinos á los de sus respectivas lenguas nacionales. Y por lo tanto sería útil obviar hasta este último inconveniente.

¶ Así se conseguirá sin duda, merced á las acertadas medidas que para remediar esta y las antes espresadas dificultades se han adoptado. Si no era fácil hallar taquígrafos con las espresadas condiciones, era, sin embargo, posible el formarlos tales en el tiempo que faltaba para la apertura del Concilio, y tal es el plan que se ha prefe-

rido, poniendo veintitres alumnos bajo la direccion de un sacerdote que se habia ejercitado antes con éxito en la profesion de taquígrafo.

Para que dichos discípulos puedan hallarse versados en el latin y en las ciencias teológicas, han sido escogidos entre los jóvenes eclesiásticos mas adelantados en sus estudios. Y á fin de que ni las diferencias de la pronunciaci3n del orador puedan ofrecerles obstáculo, se los ha elegido en número proporcionado de entre los alumnos de los diversos colegios que existen en Roma, pertenecientes á diferentes naciones y lenguas: los cuales tendrán ademas la proporcion de ensayar diariamente en sus cátedras el nuevo arte que se proponen aprender.

15. Su Santidad baja con frecuencia á las salas donde se ha de reunir el Concilio, examina los preparativos y trabajos de todo género que se hacen, y da las órdenes oportunas. Así se desmienten los falsos rumores que acerca del Concilio propalan los enemigos de la Iglesia, asegurando que no podrá reunirse, ó que se retardará la época de su celebracion. Pero á menos de algun acontecimiento extraordinario que lo impida, el Concilio se celebrará el dia fijado, aun cuando sea pequeño el número de Prelados que asistan, pues todos están convocados, lo que basta para abrirle canónicamente.

Nada se puede asegurar sobre la duracion del Concilio, ni sobre sus trabajos, como se ignora tambien cuándo se tratarán las grandes cuestiones que deben resolverse, pues en todo esto tienen cierta influencia los sucesos que puedan ocurrir en el mundo.

Todas las congregaciones del Concilio trabajan incansablemente, y los individuos que las componen están de acuerdo en todo, aun cuando los periódicos revolucionarios digan lo contrario, afirmando que han establecido algunas disensiones con motivo de ciertas cuestiones disciplinarias.

Esta noticia ha sido desmentida oficialmente en Roma, para que todos sepan su falsedad y no se piense que en lo que se refiere al Concilio pasa lo mismo que en todo cuanto se relaciona con las Asambleas y Parlamentos políticos.

16. El *Diario de Roma* desmiente la noticia de haberse enviado al P. Trullet á Francia con objeto de ponerse de acuerdo con algunos Obispos sobre ciertas cuestiones que se tratarán en el Concilio. El P. Trullet, amigo de La Valette, escribió una Memoria sobre el poder temporal, que no estaba en perfecta armonía con la enseñanza de la Santa Sede, la cual naturalmente no le confia ninguna mision.

Le Monde dice que, segun las cartas que ha recibido de Roma, el orador encargado de pronunciar el discurso de apertura del próximo Concilio será Mons. Puescher Passaveli, Arzobispo de Icona, perteneciente al Orden de capuchinos.

Por cartas recibidas en Roma se sabe que algunos Obispos y Vicarios apostólicos de paises lejanos se han puesto en camino para asistir á las primeras reuniones del Concilio. Varios del interior de Asia tienen que arrostrar grandes peligros en un viaje que por lo menos durará nueve meses. El espíritu católico que les anima les hará vencer todas las dificultades que se les presenten.

El Anuario Pontificio publica los siguientes datos

sobre los Obispos que tienen derecho á asistir al Concilio ecuménico:

Rito latino y oriental: 12 Patriarcas, 132 Arzobispos latinos, 6 Arzobispos orientales, 660 Obispos latinos, 63 Obispos orientales y de diversos ritos. Sedes *in partibus*: 36 Arzobispos, 198 Obispos. Sedes vacantes: un Patriarca, 16 Arzobispos, 106 Obispos.

Los Prelados que componen la gerarquía eclesiástica con título, son 981. Los delegados, vicarios y prefectos apostólicos, 135, muchos de los cuales están comprendidos en la cifra total de 981. Tienen, pues, derecho á asistir unos mil Obispos y 16 Abades.

Su Santidad se ha dignado nombrar secretario general del Concilio al Sr. Fessler, Obispo de San Hipólito, en la Stiria austriaca, Prelado insigne, no menos en doctrina y virtud que en firmeza de carácter, actividad y perseverancia. Este nombramiento considérase la réplica mas contundente á las voces que se propalaron por ciertos periódicos, de disensiones nacidas en el seno de las comisiones preparatorias, y cuya consecuencia habia sido la próroga indefinida del Concilio.

17. *Libros notables sobre el Concilio próximo.*—Está produciendo la mayor sensacion en Alemania un folleto allí recientemente publicado, con el título de *Pensamientos de un protestante sobre la invitacion dirigida por Pio IX á los protestantes*. Su autor, M. Reinold Baumstark, consejero del tribunal de Constanza y caballero de la Orden de Francisco José, reúne á la circunstancia de ser protestante, la de haber estudiado y conocer á fondo las diversas variaciones del protestantismo: dice ademas que nadie le escede en lo que llama *respeto á la razon y á la ciencia*, y esto hasta el punto de creerse obligado á respetar al mismo Lutero, aunque *deplorando la mayor parte de sus actos*. Despues de notar que una prensa pagada y puesta al servicio de los judíos es incapaz de responder al llamamiento pontificio mas que con burlas y sarcasmos, pasa á formular cinco cuestiones, que deben, segun él, servir de punto de partida para apreciar en su justo valor la invitacion.

La esposicion de estas cuestiones es una comparacion analítica, en alto grado interesante, del estado actual de las diferentes iglesias protestantes; de sus frecuentes cambios; de sus negaciones progresivas, que llegan hasta el deísmo; de su ineficacia dogmática y moral; de los caracteres de degradacion, de esterilidad y aniquilamiento religioso que acompañan á las sectas.

Al examinar estos puntos con relacion á la prodigiosa y vital profundidad del catolicismo, veamos cómo se espresa el autor contestando á la pregunta *¿Qué es lo que la Iglesia romana ofrece á los fieles?*

«Tiene por de pronto, dice, la ventaja de llamarse *una Iglesia visible*, y de poseer la mas íntima conviccion de la infalibilidad de su doctrina, porque es el Espíritu Santo quien la instruye. Por medio de sus dogmas rodea y penetra toda la vida humana desde la cuna hasta el sepulcro, y la acompaña mas allá todavía. Adora á Dios presente en sus iglesias, y renueva cada dia el sacrificio de la redencion: sus oraciones por los difuntos se abren paso hasta el Trono del Eterno. Esto en cuanto al dogma. Por lo que se refiere á la vida eclesiástica, se manifiesta en un Jefe visible, independiente de todos los poderes de este mundo; y como se asienta tambien en

un solio terrestre que le es propio, y en un sacerdocio especial para el cumplimiento de todas las funciones de la Iglesia, ofrece inmensas garantías. El culto presidido por sus sacerdotes conmueve y llena completamente el corazón, el espíritu y los sentidos del hombre; allí hay más que oración, canto y predicación. Este culto ha creado monumentos de tal belleza, é inspirado acciones tan heroicas, que no admiten comparación alguna, ni aun de lejos, en nuestro siglo tan presumido de sus progresos.»

Habla después, en la cuarta cuestión, de la vida religiosa entre los católicos, y se expresa así:

«La vida religiosa está ciertamente en decadencia, á juzgar por los millares de hombres que hacen causa común con la francmasonería; pero la Iglesia no reconoce á estos como suyos, y tales tendencias están muy lejos de predominar en un pueblo católico.

«Hay muchos preocupados que creen que el catolicismo marcha á su disolución, fundándose en lo peligroso de la situación del Papa, que tiene por enemigos á los gobiernos. Sin embargo, esto no es más que uno de tantos errores contemporáneos, porque la verdad es que el poder temporal del Papa tiene una base más sólida que el reino de Italia.

«Los conflictos que han tenido lugar en Austria son más bien exigencias políticas, ó acaso mala inteligencia; pero la causa de la Iglesia católica no está allí tan comprometida como se cree.

«Las dificultades eclesiásticas en el gran ducado de Baden traerán la disolución del Estado en favor de Prusia, pero no la derrota de la Iglesia.

«En cuanto á los sentimientos exclusivamente católicos de España, estoy convencido que no hay un solo español que comprenda el protestantismo á la alemana. Pueden hallarse allí individuos ateos y también francmasones actualmente, no cristianos protestantes, y los ateos y los francmasones no tardarán mucho en ser reducidos á silencio. Las persecuciones desencadenadas contra el catolicismo no le serán mortales, y aun cuando se prolongue la lucha entre el Estado y la Iglesia, nada influirá esto en la situación interior del pueblo católico.»

El autor concluye esta parte del folleto con las siguientes palabras: «Si los fenómenos deben ser tomados en su generalidad, y considerados en todas las direcciones de la vida humana, para condensarlos en un solo centro, tengo que confesar resueltamente que la Iglesia católica es el mayor poder espiritual que existe sobre la tierra.»

La respuesta á la quinta cuestión es deducir de los antecedentes sentados la consecuencia de que *todos los cristianos creyentes* deben desear con ardor la realización de los deseos del Sumo Pontífice, los cuales, aun cuando no lleguen tal vez á convertirse en un hecho inmediato, porque el protestantismo podrá vivir algún tiempo todavía, no por eso la victoria definitiva dejará de pertenecer á la Iglesia católica, atendida su fuerza esencial para progresar en poder y en extensión.

Tal es el brevísimo resumen de la obra del doctor protestante. Veamos ahora su conclusión:

«Algún día, cuando de los que vivimos hoy no existan más que los sepulcros guardadores de nuestras cenizas; cuando las cuestiones políticas que en estos momentos

traen dividido al mundo pertenezcan á la historia, vivirán todavía las palabras dirigidas por un Anciano perseguido, ultrajado y oprimido, á los cristianos que estaban separados de él. La Iglesia católica, á través de todas las vicisitudes, llevando siempre muy alta su bandera, condujo y llegó á realizar de hecho la educación de la humanidad en la Edad Media. Ha combatido, sin perder jamás un ápice de su fuerza durante tres siglos de lucha gigantesca, contados desde la Reforma, y por cierto que si la verdad eterna de Dios vive en ella, la palabra de su Fundador se cumplirá, y *no habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor.*»

Este es el juicio que forma un protestante de la obra de Pio IX, y cinco ediciones agotadas en pocos días prueban que aquel juicio no está aislado.

18. Se ha publicado recientemente en Austria un folleto con el siguiente título: *El último y el próximo Concilio ecuménico*. El autor de este escrito es monseñor Fessler, Obispo de San Hipólito, en Austria.

Habiendo sido nosotros los primeros que hemos dado á conocer la carta del Sr. Obispo de Orleans, debemos apresurarnos á hacer de este escrito un resumen para que nuestros lectores conozcan su espíritu.

El sabio Prelado, conocido hace mucho tiempo por la parte activa que ha tomado en el Concordato austriaco, y también como escritor de diferentes obras de historia eclesiástica y Derecho canónico, se ocupa primeramente en esta nueva publicación de los Concilios en general. Hace después una reseña de todos los que han precedido al de Trento, deteniéndose largamente en este, esponiendo su significación, su carácter especial y sus principales decretos. Por último, termina contrayéndose al Concilio próximo.

Hace observar que desde el principio de la Iglesia jamás ha mediado entre dos Concilios un intervalo tan largo como el que nos separa del de Trento. Explica luego el objeto del Concilio y la carta de convocación, ocupándose de un modo especial de la invitación hecha por el Padre Santo á los orientales, y del llamamiento dirigido á los protestantes. ¡Palabras sagradas que convocan las potencias espirituales del mundo para restablecer la verdadera paz y el bienestar público!

El Concilio habrá de arreglar las relaciones entre la Iglesia y el Estado moderno, el cual tiende á una separación completa. Los modernos legisladores consideran la Iglesia como si no existiese. Ya no hacen caso de sus dogmas ni de su moral, ni tienen en cuenta sus derechos ni sus leyes. Así es que legislan fundándose en una base puramente racional ó natural. Tal es el espíritu dominante que ha arrebatado á la Iglesia la protección que disfrutaba desde Constantino y Carlo-Magno. Esta es la razón por qué la Iglesia, á su vez, se ha abstenido de invitar á los príncipes para asistir al Concilio. Y, en efecto: en disposiciones tales, ¿qué objeto tendría la invitación?

Mons. Fessler cree verosímil que el Concilio se ocupará de la cuestión de los Estados de la Iglesia, no para establecer su necesidad como un dogma, sino para afirmar la necesidad relativa de este hecho histórico y providencial. Tampoco se ocupará de reformas seculares, porque el Papa no reúne el Concilio en su cualidad de soberano temporal, sino como Jefe espiritual de la Iglesia. Los Padres tratarán probablemente la cuestión de la

infallibilidad pontificia, lo cual el Prelado demuestra con las Sagradas Letras y la historia.

Con este objeto hace notar que todas las veces que surgieron herejías, las condenaron los Papas antes que lo hiciese la Iglesia reunida en Concilio. El Papa San Dionisio había condenado á Arrio mucho antes del Concilio de Nicea. San Dámaso había defendido la divinidad del Espíritu Santo antes del primer Concilio de Constantinopla. San Celestino había precedido al Concilio de Éfeso en la condenacion de los errores de Nestorio. San Leon Magno anatematizó los errores de los monofisitas antes del Concilio de Calcedonia. Por último, el Papa Agaton condenó á los monotelitas antes que los anatematizase el tercer Concilio de Constantinopla; y los iconoclastas habían sido escomulgados por los Papas Gregorio II y Gregorio III antes del segundo Concilio de Nicea.

El autor hace ver también que siempre los Obispos han obrado siguiendo la direccion dada por los Papas.

Al terminar su obra el Obispo de San Hipólito, echa una mirada al pasado de la Iglesia, y espresa un pensamiento sublime.

«Por el Hijo único de Dios, dice, la Iglesia viene de Dios; su fundamento en los Apóstoles, y sobre todo en Pedro, es de Dios. Su fin es de Dios, cuanto se dirige á la justificacion y glorificacion del género humano: su asistencia es de Dios, por el Espíritu Santo que le está comunicado: su duracion es de Dios hasta la consumacion de los siglos: su unidad es de Dios, como señal característica de la verdadera Iglesia de Jesucristo.»

Con la vista fija en el porvenir, concluye con estas palabras:

«Así, todos los que amen á Nuestro Señor Jesucristo, sacrifíquenlo todo para realizar su deseo: *La unidad en todos los que creen en Él.*»

El Jefe visible de la Iglesia católica, que es al mismo tiempo su representante estérno, ha hecho resonar en toda la tierra su invitacion para la reunion. En su palabra, pues, los que estén fuera de la Iglesia católica escuchen á la vez á todos los Obispos, á todos los sacerdotes y á todos los legos de la misma Iglesia. Porque en la Iglesia nosotros estamos unidos en un mismo sentimiento, y deseamos vivamente ver realizarse la palabra del Señor, que dice: *que todos los que creen en Él son uno.*

¡Quiera el Señor, en su bondad y en su misericordia infinitas, guiarnos á una unidad como la que habia al nacer la Iglesia! ¡Venid, Señor, con la plenitud de las gracias del Espíritu Santo, y hacednos uno en la verdad y en la caridad!

19. *Circular de la Iglesia protestante prusiana.*—Ya hemos dicho que el Consejo superior de la Iglesia prusiana (*Oberkirchenrath*) ha publicado una circular escitando á los protestantes á que desoigan la voz de Pio IX, y no vayan al Concilio ecuménico. Esta circular, que prueba la fuerza y vigor del catolicismo para hacer temblar y para vencer á sus enemigos, y la poca confianza y firmeza que tienen los protestantes en sí mismos, no ha encontrado una acogida muy lisonjera entre los mismos protestantes prusianos, y varios periódicos de los mas

anticatólicos la critican abiertamente. *L'Univers* cita lo que dice el *Staas-burge Zeitung*, periódico democrático de Berlin, que tiene muchos lectores:

«Cuando el Papa publicó su invitacion llamando á todos los no católicos á volver al seno de la Iglesia católica, nosotros no nos creimos obligados á decir nada de esta cuestion, porque nos parecia que en un asunto en que no hay mas que el pro ó el contra, todo término medio es inadmisibile: ó se cree en Dios y en su omnipotencia, ó no. En el último caso, la carta del Papa carece de base y objeto, y no tiene mas valor que el de una quimera que en nada puede influir en la conducta de los hombres; pero si se cree en Dios y en su omnipotencia, no se encontrará en todo el mundo un argumento con que se pueda atacar ó aniquilar el menor de los argumentos de la Carta pontificia, y es preciso dejar á cada uno decidirse segun sus propios sentimientos á acudir ó no al llamamiento del Padre espiritual de Roma.

«Nosotros no podíamos en manera alguna criticar la Carta pontificia. Pero hé aquí que el *Oberkirchenrath* de Prusia se dirige á los protestantes en contra de la Carta del Papa, y sostiene que esta contenia errores religiosos, é invita á los protestantes á que no atiendan al llamamiento del Papa.

«Convenimos humildemente en que no entendemos lo que hace el *Oberkirchenrath*. Una cuestion que, como la fe, no concierne á la ciencia, sino mas bien á la conviccion, al sentimiento de cada uno, encierra un error, dice el *Oberkirchenrath*; pero nos parece que las cuestiones de razon y ciencia son las únicas que pueden encerrar errores. Una circular como la del *Oberkirchenrath*, ¿no es acaso mas á propósito para turbar que para iluminar á los protestantes, mucho mas cuando aquella apreciable autoridad no procura siquiera probar lógicamente sus aserciones?

«El *Oberkirchenrath* apela á la «palabra inatacable de Dios;» esto hace el Papa; apela ademas el protestantismo «á una fe afirmada con la sangre de sus confesores;» pero ninguna creencia ha tenido tantos mártires como la fe católica.

«El *Oberkirchenrath* califica la invitacion del Papa de *invasion injustificable en la Iglesia evangélica*; por supuesto que no se acuerda de que el protestantismo se constituyó por una separacion de la Iglesia católica, y no recíprocamente; y parece que no sabe que aquel que es negado por un discípulo, está en perfecto derecho de invitarle que vuelva á él.

«Nosotros podemos figurarnos el protestantismo como una transicion entre la fe absoluta del catolicismo y la negacion absoluta del libre-pensador; pero nos es absolutamente imposible comprender cómo el protestantismo, con su fe á medias y su negacion á medias, puede tener la pretension de ser la única fe verdadera, y de haber renunciado á todos los errores del catolicismo. En otra época, la circular del *Oberkirchenrath* hubiera provocado una lucha terrible entre protestantes y católicos; en la situacion actual, todo consiste en la turbacion de algunas conciencias.»

El periódico anticatólico prusiano es muy lógico al tratar de esta manera la cuestion de la autoridad suprema de la Iglesia protestante. El protestantismo está for-

malmente condenado por los incrédulos, como por los creyentes y por todos los hombres de buen sentido. El juicio de este periódico confirma la descomposición que hay en el seno del protestantismo, y pronostica su próxima ruina: la lógica de las cosas está por el catolicismo ó por la negación absoluta, y muchos, empujados á las últimas consecuencias de la negación, retrocederán para volver á la fe.

Esto se nota entre los protestantes, y no contribuirá poco á semejante resultado la Carta de Pío IX invitándoles al Concilio.

El periódico de Berlin, anticatólico, respetó la Bula de indicción al Concilio, y ahora ataca la circular de la Iglesia prusiana como ilógica, y ataca al protestantismo. *Salutem ex inimicis nostris.*

20. *El primer día del Concilio.*—Ningun Concilio ecuménico ha empezado sus sesiones el 8 de diciembre, como el que tendrá lugar este año en el Vaticano. El Concilio niceno I tuvo su primera sesión en mayo de 325. El constantinopolitano I en igual mes de mayo de 381. El efesino, en junio de 431. El calcedonense, en octubre de 451. El constantinopolitano II, en mayo de 553. El constantinopolitano III, en setiembre de 681. El niceo II, en setiembre de 787. El constantinopolitano IV, en octubre de 868. El lateranense I, en la Cuaresma de 1139. El lateranense III, en marzo de 1179. El lateranense IV, en noviembre de 1215. El lionés I, en junio de 1245. El lionés II, en mayo de 1274. El vienés en octubre de 1312. El florentino, en mayo de 1379. El late-

ranense V, en mayo de 1512; y, por último, el tridentino, en 13 de diciembre de 1545.

Con el fin de que nuestros lectores estén enterados de todo lo que se refiere al próximo Concilio ecuménico, á ese gran acontecimiento que prepara la Iglesia católica, y en el cual debemos todos cifrar nuestras más legítimas esperanzas, insertamos hoy lo más importante que se ha publicado en España respecto de este asunto, y lo insertamos en un solo número, seguros de que nuestros lectores nos lo agradecerán, aunque suspendamos la obra del P. Ferrer hasta la próxima semana, en que repartiremos ya el último pliego.

Con este motivo, nuestros lectores podrán formar mejor y más completa idea de la mucha lectura que damos en las veinticuatro páginas de la Revista.

ADVERTENCIA.

A aquellos de nuestros suscritores que hacen la propaganda de la Revista y desean saber si las nuevas suscripciones pueden comenzar desde el primer número, correspondiente al 5 de mayo, debemos decirles que acabamos de hacer una larga reimpresión de aquel y de los cuatro números consecutivos, así como de los pliegos del notabilísimo folleto del P. Magin Ferrer.

Pueden, por consiguiente, admitir suscripciones desde el 5 de mayo, en la seguridad de que los que nos favorezcan recibirán puntual é inmediatamente todos los números publicados hasta la fecha.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION Á LA REVISTA «ALTAR Y TRONO.»

Madrid. En su Administración, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

Provincias. Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son también de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

Ultramar y extranjero. En los puntos siguientes: *Paris*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de don C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserre, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José María Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Príncipe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerrit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carredano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Mérida*, D. Rodolfo Canton.—*Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-York*, en la redacción de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquin Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guyaquil*, A. Lamotta.—*Vaiparaiso* (Chile), D. Nicasio Ezquerria y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintin Zalvidea (Santa Cruz), y D. Estéban Plana.

La Revista se publica los días 5, 13, 20 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA."	POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS.	
	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.
Por un año.....	50 rs.	5 pfs.
Por un semestre.....	25 »	3 »
Por un trimestre.....	13 »	» »

En Madrid podrá hacer la suscripción, el que así lo prefiera, por medio de los repartidores, á razón de 5 rs. al mes.

REGALO.

Á todo el que se suscriba á la REVISTA abonando el importe de un año, se le regalarán en el acto tres retratos en tarjeta perfectamente fotografiados: uno de busto y otro de cuerpo entero y traje militar del Sr. D. Carlos de Borbon, y otro de busto de su augusta esposa doña Margarita.

El que por tener ya los espresados retratos prefiera una de las dos obras siguientes, elegirá la que guste:
Vidas de los Mártires del Japon y de San Miguel de los Santos, con seis bonitas láminas litografiadas. Además contiene una detallada reseña del acto de la canonización, y un extracto biográfico de los Prelados españoles que asistieron á aquel grandioso acto.—Consta de 272 páginas de impresión esmerada y correcta.
Diario Cristiano, recopilado por el Dr. D. Miguel Martinez y Sanz.—Contiene el martirologio de cada día, y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la explicación del misterio que en aquel día celebra la Iglesia.—Consta de 440 páginas de impresión compacta y esmerada.

Á los señores corresponsales y librerías, tanto de España como del extranjero y Ultramar, que reúnan cinco ó más suscripciones, se les enviará gratis la REVISTA. De igual beneficio participarán también los particulares que reúnan el mismo número de suscritores.